REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIII | San José, Costa Rica | 1948 | Sábado 13 de Marzo | No. 17

Año XXVIII — No. 1044

ASPECTOS DEL EXISTENCIALISMO

Por *Jorge Carrera Andrade*

(De *El Nacional*. Caracas 9 de enero, 1948)

Nadie sabe lo que hacían los parroquianos del Café de Flora durante la ocupación alemana. Probablemente ese lugar era uno de los centros clandestinos de la resistencia y de allí salieron los silenciosos golpes de daga que abatían a los centinelas, cada noche, en las proximidades de Saint-Germain-des-Prés. Mas ahora, ya en plena paz, el Café de Flora se ha vuelto famoso por haberse convertido en el cuartel general de los existencialistas.

¿El Existencialismo es una escuela literaria, una filosofía, una moral, un culto? Se puede afirmar que el Existencialismo es todo eso: nació de la literatura y se va transformando en una secta. Su fundador y supremo pontífice es Jean-Paul Sartre, novelista, profesor de filosofía, hombre de cuarenta años, con rostro de administrador de hotel o de rentista retirado. Practica el ahorro, permanece durante el día en el café y por la noche va en busca de la verdad, en unión de sus discípulos, por los bares y establecimientos de diversión, interrogando, uno tras otro, a todos los vinos de Francia —tan respetables de vejez y de sabiduría dentro de sus botellas polvorientas— acerca de la razón de existir del hombre. La corriente existencialista invade todos los dominios: el teatro, la música, la pintura, la poesía, el periodismo. Hay poetas existencialistas como Patrix, intelectuales como Germaine de Beauvoir, autora de la discutida novela *La Sangre de los Otros*.

La resonancia del existencialismo en plena ocupación alemana y, después de la guerra, en los sectores políticos y sociales que parecen haberse encargado de la sucesión ideológica del finado nazi-fascismo, es bastante sospechosa. Sin embargo, el fenómeno es explicable desde el punto de vista puramente intelectual: la filosofía existencialista tuvo su origen en Alemania con Heidegger y fueron los conductores alemanes de la cruzada hitleriana los que dijeron al mundo: "*¡Después de mí, el diluvio!*", aterradora fórmula que tanto gusta de repetir al pontífice francés Jean-Paul Sartre.

En ese desierto helado y sin voz, en ese gran cementerio de ideas y de hombres que era la Francia ocupada, el Existencialismo fué el toque de campana que invitaba a reflexionar después de la catástrofe. Todo estaba en ruinas, hasta la fe y la razón. El Existencialismo puso a los franceses frente a sus cadáveres y les obligó a mirar de cerca el horror y la podredumbre. Descubrió la sordidez humana, la fragilidad de las construcciones intelectuales y morales, la certidumbre de que el hombre está aislado... Naturalmente, cerradas ya todas las puertas, condenadas ya todas las soluciones, la única vía libre era la desesperación. Entonces, el Existencialismo elaboró la segunda parte de su doctrina: la tabla de salvación de los náufragos y los suicidas. Y fijó sus preceptos fundamentales: "El mundo es feo y repugnante", "Hay que tomar las cosas como son", "Todo acto es relativo", "No existe una moral universal", "Hay que obedecer la ley imperativa de lo concreto y lo inmediato", "La humanidad no existe sino únicamente el hombre, más claramente *la vida de cada uno*".

¡Tremenda filosofía que reduce nuestro horizonte espiritual y trata de sepultar los impulsos generosos, exaltar el egoísmo sin freno y sacrificar el sentimiento noble de solidaridad humana! Es un golpe terrible contra el idealismo y el sueño... Una invitación a la empresa personal, a la aventura sin ley y a la búsqueda del éxito a toda costa, sin reparar en la moralidad "muy relativa" de los medios.

Las obras de Jean-Paul Sartre se suceden en floración ininterrumpida y fecunda: *La Náusea, El Muro, Lo Imaginario, El Ser y la Nada, La Edad de la Razón, Los Sobresaltos, Los Caminos de la Libertad, Las Moscas, El Existencialismo es un Humanismo*, etc. Sin embargo, más numerosas que sus libros son sus propias contradicciones: "*El Existencialismo es una doctrina* —dice Sartre— *que vuelve posible la vida humana y declara que toda verdad y toda acción implican un ambiente y una subjetividad humana*". Luego, afirma: "*El hombre está condenado a ser libre, es decir responsable de todo lo que hace*"... Y más allá: "*Los hechos están determinados por la época y no por la naturaleza humana*". Esta última frase es la justificación de la barbarie nazi. Es decir, que los invasores germánicos no eran responsables y que los mantenedores de los hornos humanos no obedecían a sus instintos sino a la época... La misma época, felizmente, daba al resto de la humanidad una orden contraria.

Sartre ha inventado entre sus teorías la de la "angustia de la responsabilidad", a la que llama "*la angustia de Abraham*". El patriarca hebreo se pregunta: "¿es verdad que es un ángel que me habla? ¿soy en verdad el Elegido?". El oído humano puede equivocarse y confundir al viento con una voz, piensa Sartre. Y en esto coincide con hombres como Laval o Petain, cuya sordera les impidió escuchar el mensaje del ángel.

Diversas escuelas literarias y filosóficas han aportado al Existencialismo sus hallazgos: el cuotidianismo, el sincerismo, el dolorismo de estos días; la literatura proletaria y el populismo anteriores a la guerra; la literatura social americana. Y, sobre todo, el espíritu volteriano, el liberalismo, el materialismo, el esceptimismo, el sentido práctico burgués, la cordura acomodaticia y epicúrea, que se pueden sintetizar en la expresión "individualismo francés".



Otros ingredientes han entrado también en la elaboración de la panacea existencialista: el ateísmo y el exhibicionismo. Sartre se manifiesta sumamente preocupado por entrar en la historia y se declara satisfecho del éxito "durante su vida". ¡El tiempo de una vida! Lo mismo que proclaman los empresarios norteamericanos que son existencialistas sin saberlo. Hay que disfrutar el tiempo de nuestra vida, y para ello hay que obtener los medios necesarios: la fuerza, el poder, la riqueza. Es decir, la vuelta al hombre-fiera y a las Edades más oscuras del mundo, cuando la vida humana estaba a merced de los más audaces, de los aventureros sin Dios ni ley. Mas, la civilización ha ido venciendo a los impulsos primarios y ha creado la ley y ha dado a la humanidad una suma de ideales que ennoblecen la existencia del hombre en la tierra. Parodiando a Dostoievsky que decía: "Si Dios no existiera todo sería permitido", podríamos afirmar que si la fe en la humanidad desaparece, el mundo retrocederá a la barbarie.

La mayor acusación que se le puede hacer a la doctrina existencialista es su consagración del oportunismo. "Cada cosa a su tiempo", repite Sartre. Y con esa frase cae el velo que cubría al Existencialismo y le muestra en su desnudez que le define. Una teoría filosófica de la vida cotidiana para uso de gentes ordinarias, sin espíritu, sin moral, sin religión y sin idealismo.

Origen del "Existencialismo"
UNA ESCUELA LITERARIA EN ENTREDICHO

(De *El Tiempo*, Bogotá, 1º abril, 1947)

Si muere en las vastas soledades del Africa tenebrosa un capitán de lanceros, oriundo de la Europa civilizada, en pos de otros varios cuyo fin se ha anunciado minuciosamente; cuando fallece una estrella fija o errante del cinematógrafo en Hollywood o en su cama; si desaparece un aeroplano sin pasajeros ni tripulación, en una prueba de aviación, por radio, se apresuran los corresponsales extranjeros a divulgar por cable la importancia de tan sonoras eventualidades. Pero si fallece un gran poeta lírico de estirpe turaní en las calles de París, no hay quién se acuerde de su nombre, de sus poesías ni de su ascendencia para comunicárselo a lectores voraces de países remotamente sublunares. ¡Desproporción se llama esta figura!

Ahora ha pasado inadvertido para los corresponsales que alimentan la prensa diaria capitalina un sucedido de que se hablará por muchos siglos en los concienzudos tratados de historia literaria, universal o circunscrita. Figura, hace ya casi tres lustros, en las crónicas literarias de Europa y América el nombre de Juan Pablo Sartre. Empiezan a llamarle Jean Paul, con cierta irreverencia, en recuerdo de un famoso humorista, muy desventurado, inscrito con relucientes cifras en la historia del romanticismo alemán. No sabemos si de su nombre, el de Sartre, hay ecos difusos en otras partes del mundo, pero a juzgar por el tiempo que hace que su fama ha invadido algunos cenáculos de Bogotá, es de creer que en China, en la URSS, en Australia y en las tierras antárticas ya se hayan enterado de la existencia fenomenológica y explosiva del autor de *El Muro*, novelista, crítico, ameno conferenciante, cultivador y propagandista de una brumosa escuela filosófica. Es otro sí narrador de altas dotes, dueño de prosa plácidamente fluída y de un sentido noble de los valores literarios. Penetra en las regiones más esquivas de la sensibilidad humana con talento de analista en un vasto campo emocional. Ama el contacto con las multitudes cultas o semicivilizadas y le concede parte de su tiempo a la exhibición de sus bellas dotes de apóstol.

La filosofía de Sartre y las teorías literarias que de ellas se desprenden, tienen su manantial en dos filósofos tudescos de última hora, menos conocidos que su ocasional divulgador francés. Husserl, muerto hace pocos años, y Heidegger, aunque no concuerdan en todas las direcciones de su pensamiento coinciden en la importancia que dan a la intuición y en su modo de concebir la lógica y la existencia. "No somos, existimos", dicen estos filósofos y repiten sus adeptos. Para ellos lo principal no es el sér hasta cuyo centro no podemos penetrar, sino el existir. Husserl partió en sus cerebraciones del estudio profundo de la aritmética y del pensamiento, atribuido a Pitágoras, de que el número no es un mero símbolo sino una entidad real, principio del conocimiento de todas las cosas. A la filosofía fenomenológica los literatos que habían menester un filósofo para la creación de escuela nueva, acudieron con Sartre y sus acólitos para fundar el "existencialismo" con reminiscencias plausibles de Kierkegaard, el veedor de Copenhague, a quien llamaron el loco.

Sartre llena en Francia y entre los afiliados a las "Nuevas Direcciones" en Inglaterra, parte considerable del horizonte literario actual y pronosticable. Su voz cunde en varios rumbos con repercusiones simpáticas. De sus cogitaciones y de sus obras se puede afirmar que "constan". Por ejemplo, él ha dicho que "la nada no existe" y mirándolo sus seguidores adquieren un concepto nuevo de la objetividad. Este aforismo que parece una tautología se ha convertido en uno de los principios del existencialismo, de cuya presencia ya no es dado acariciar ni la más respetuosa de las dudas.

París, lo que allí se dice o se piensa, inquietan a todo el mundo. Ahora, cuando Berlín, sufre de mal atendida desnutrición material y espiritualmente, cuando Roma, Italia toda, se sienten demasiado poseídas por la política para señalarles rumbo a las artes o las letras, cuando Rusia se ocupa, aplicando toda su fe y su inteligencia, a la obra de reparar los daños causados por la guerra, París empieza de nuevo a dominar el horizonte y Sartre es su profeta y apóstol.

Sus doctrinas deslumbran a los novicios y confunden a quienes carecen de bases filosóficas para apreciarlas, pero nadie se desentiende de ellas. Es así como la Roma eterna de los papas ha llegado a enterarse, y estudiando cuidadosamente la obra del apasionado existencialista y sus métodos de propaganda, ha llegado a la conclusión de que una y otra merecen una advertencia, si no un entredicho. Y esta es la noticia de que no han querido hacernos partícipes los avisados corresponsales extranjeros. El secretario de las Academias Filosóficas del Vaticano ha comparado a Sartre con Voltaire, no sin conmover hondamente al desmayado colega Albert Camus, quien abrumado con la comparación y con tan inesperada reprimenda dijo, como un niño sorprendido en actitud flagrante: "pero yo no soy existencialista".

Los poetas de la nueva dispensación se ven amenazados de un grave conflicto espiritual. Ellos pensaban que el existencialismo plantado entre bellas frases de prosa, líneas largas de versos sin rima, y afirmaciones tan rotundas como aquellas de que la lógica es una mera invención humana, no tenía peligro de tropezar un día mal seguro contra las inviolables fortificaciones de la teología. Que el existencialismo girara sobre inseguros ejes de razonamiento pueden haberlo pensado los más inteligentes, pero que fuera pecado, estuvo siempre muy lejos de su agudo criterio.

Sin embargo, no es sólo contra la teología, contra cuyos eternos y venerados fanales arremeten temerariamente los existencialistas. Ellos han tomado un camino que empezaron a desbrozar hace casi un siglo filósofos denodados cuya obra no se ha volatilizado entre las congojas de un mundo tremulante. Ya Nietzsche, Dilthey, Bergson y otros habían prevenido a los pensadores contra el dominio incontrastado de la razón y unos al instinto, otros a la intuición, les encomendaban, en asocio de la historia, el programa de señalarle límites al reinado milenario y tiránico de la razón. La Academia Filosófica del Vaticano parece querer volver hoy por los fueros de una fuerza espiritual que en otros tiempos solía mirar con desconfianza. ¡Dejar a ver!, dicen los indígenas de nuestro iluminado oriente.

B. SANIN CANO.

MEDITACIÓN EN TORNO AL CELOSO EXTREMEÑO

El concepto cervantino del honor y algunas otras cosillas

Por *Enrique Ruiz Vernacci*.
Secretario de la Academia Panameña de la Lengua.

(En el *Rep. Amer.*)

(Sigue de la entrega anterior)

Pasemos ahora al otro personaje eje de la novela de *El celoso Extremeño;* enfrentémonos a Loaysa —el nombre de pila no consta en las páginas cervantinas— aquel que hizo la desgracia de Carrizales y llevó de la mano a la solución tan reñida con el concepto del honor barroco imperante en el siglo XVII que ha de encontrar su cima en los dramas calderonianos.

Loaysa era un virote. Pertenecía a la gente de barrio, a aquellos "mocitos de barrio" de que hablaba Mateo Alemán (5) como de gente sospechosa; mocitos —¿no serán nuestros *pritis?*— "que acaban en sus casas de comer, no tienen qué hacer, viénese a la nuestra, quieren que los entretengan en buena conversación, estánse allí toda la tarde tres necios en plata y un majadero en menudos, no con más fundamento que ser del barrio".

Cervantes conocía bien a este género de galanes que pululaba la Sevilla de comienzos del XVII. En el texto definitivo de *El celoso Extremeño* no incluyó su descripción de estos personajes, pero en el borrador que conservó el Licenciado Porras de la Cámara y que vió la luz en la revista *Gabinete de lectura española* como aportación de don Isidoro Losarte, sí consta. Don Francisco Rodríguez Marín, cuidadoso aunque en ocasiones apasionado cervantista, la reproduce en su obra *El Loaysa* de "El celoso Extremeño" (6). Cervantes presenta a los *pritis* de su época. "Son los hijos de vecinos de cada colación —explica el Príncipe de los Ingenios— y de los más ricos de ella, gente más holgazana, baldía y murmuradora, la cual "vestida de barrio" como ellos dicen, extienden los términos de su jurisdicción y alargan su parroquia a otras tres o cuatro circunvecinas, y así casi se andan toda la ciudad, con media de seda de color, zapato justo, blanco o negro, según el tiempo, ropilla y calzones de jergueta o paño de mezcla, cuello y mangas de telilla falsa, ya sin espada o a veces con ella, empero dorada o plateada, cuello en todas las maneras grande y almidonado, las mangas del jubón acañutadas, los zapatos que revientan en el pie, y el sombrero apenas se les puede tener en la cabeza, el cuello de la camisa agorguerado, y con puntas que se descubren por debajo del cuello, guantes de polvillo y mondadientes de lantisco, y, sobre todo, copete rizado y alguna vez ungido con algalia. Júntanse las fiestas de verano, o ya en las casas de contratación del barrio (que siempre está proveído de tres o cuatro), o ya en los portales de las iglesias, a la prima noche, y desde allí gobiernan el mundo, dicen su parecer de las viudas, acuérdanse de las solteras, y no perdonan a las religiosas; califican ejecutorias, desentierran linajes, resucitan rencores, entierran buenas opiniones y consumen casas de gula, fin y paradero de toda su plática. Espantan juntos, no admiran solos, ofrecen mucho, cumplen poco, pueden ser valientes y no lo parescen, y en esta parte los alabo, porque la valentía no consiste en la apariencia, sino en la obra. Cada parroquia o barrio tiene su título diferente, como las academias de Italia, y en una de ellas a los viejos ancianos y hombres maduros, que toman de asiento las sillas y se las clavan al cuerpo por no dejallas desde en acabando de comer hasta la noche, llaman "mantones"; a los recién casados, que aún tienen en los labios las condiciones y costumbres de los mozos solteros, llámanlos "socarrones", porque, como digo, participan de la sagacidad de los antiguas casados y de la libertad de los mozos; a los mozos solteros llaman también "virotes" porque ansí como los virotes se disparan a muchas partes, estos no tienen asiento ninguno a ninguna, y andan vagando de barrio en barrio, como se ha dicho. Los de otra colación se llaman los "perfectos"; de otra, "los del portalejo"; pero todos son unos en el trato, costumbre y conversación".

Quizá Cervantes confundió a los "mantones": porque en el texto definitivo de *El celoso extremeño* se denomina "mantones" a los recién casados en oposición a los "virotes", que continuaban solteros (7).

En resumen, Loaysa era el auténtico virote. Y tenía por amigos a un "mantón" y a dos inconfundibles virotes más. Con ellos discurrió la estratagema para penetrar en la casa de Carrizales. De sus amistades y de las de ellos se valió para veriguar quién era Carrizales y quién la beldad que se llamaba Leonora. A sus amigotes comunicó los progresos de su tarea, su acercamiento al negro Luis, el guardador eunuco, a las sirvientes, a las compañeras de Leonora, a las esclavas, a la misma Leonora, en fin, anhelo máximo del travieso virote.

¿Psicología de Loaysa?... No otra que la del virote que queda expuesta. Ni más ni menos. Hay un instante en que parece que la solución novelesca será la boda de Loaysa con la gentil Leonora. Loaysa no ve mal esa solución. Sabe que está dotada en veinte mil ducados: no ignora que el mismo Carrizales, en las vísperas de su muerte, aconsejó su boda. Pero Cervantes no halla lícito ese desenlace. A la semana de la desaparición de Felipe, el marido agraviado, Leonora se interna en un monasterio, se convierte en monja. Miguel de Cervantes no podía dar demasiado de lado la función de su época. Pase que soslayara la venganza, la sangre, la daga de Carrizales hundiéndose en los cuerpos tibios de los amantes dormidos: a más no era adecuado se arriesgara. Gutierre de Cetina es posible no hubiera firmado la aprobación oficial de las *Novelas Ejemplares* —lo hizo el 9 de julio de 1612— con el triunfo del amor adulterino de Leonora y Loaysa, así lo hubiera decidido el anciano Felipo de Carrizales, con sus setenta años a cuestas, en un minuto de malancólica comprensión de su desastre.

¿Qué decir de Leonora, la bella del cuento? Miguel de Cervantes no insiste en el personaje: pasa por él como por sobre ascuas. Casi lo elude. Lo necesita para la trama, para que exista realmente, positivamente, Felipo de Carrizales y su conflicto de amor. Vemos a Leonora asomada a la ventana de casa de casa de sus padres en Sevilla: así la conoce Felipo. La vemos más tarde probándose unos trajes que le regala su esposo pero que el modisto de entonces no los dibujó y concibió sobre el cuerpo de la bella sino sobre el de una segunda persona que tenía su porte. Después se nos aparece exigiendo un juramento a Loaysa para penetrar en su casa, por supuesto a escondidas de Carrizales. El juramento de Loaysa se reduce a respetar la virtud de las recogidas. Luego, en el instante cumbre, concebimos un poquitín de perfidia femenina al abrazar y acariciar a Carrizales tras haberle burlado, y en la creencia de que ignora la treta. En el final de la novela la contemplamos desmayada, al darse cuenta de que su farsa ha sido averiguada. Y nada más. Ni se disculpa. No encuentra disculpa a su felonía. Se pierde en los claustros del monasterio donde piensa terminar sus días: "uno de los más recogidos monasterios de la ciudad", asegura Cervantes.

La dueña Marialonso era una sinvergüenza, una instintiva Celestina, con menos años que la Celestina. Hay en la Marialonso una ansia de goce, una locura de amor material característica. Pretende ser la primera en disfrutar de las caricias de Loaysa. El virote aspira a más, y la coloca en un segundo lugar que nunca será cumplido. En el fondo, Cervantes ama a esta su creación. Le place su máxima frescura, su mentir, su vagabundería. Aquellas palabras que pone en boca de la Marialonso son deliciosas, saltarinas, con todo el humor cervantino. Dice la dueña al ir a penetrar en lo privado de la mansión el virote Loaysa: "Sabrá vuesa merced, señor mío, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas de esta casa somos doncellas

como las madres nos parieron, excepto mi señora; y aunque yo debo parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, también lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero a los años, y a veces dos, según se les antoja. Y siendo esto ansí, como lo es, no sería razón que a trueco de oír dos, o tres, o cuatro cantares, nos pusiésemos a perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra, que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazón, vuesa merced nos ha de hacer primero que éntre en nuestro reino un muy solene juramento de que no ha de hacer más de lo que nosotras le ordenáremos; y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho más lo que se aventura. Y si es que vuesa merced viene con buena intención, poco le ha de doler el jurar; que al buen pagador no le duelen prendas".

Es espléndida esta Marialonso, llena de vida; pícara, placentera, risueña. Algún curioso cervantista ha recordado, al comentar el discurso de Marialonso, dirigido a Loaysa, aquellas frases de Quevedo puestas en la desdentada boca de una vieja (8): "... somos como niñas de ojos, que siempre son niñas, aunque tengan cien años. Decimos que las canas son de una pesadumbre; las arrugas de una enfermedad; que estamos sin dientes de un corrimiento, y es verdad, pues lo estamos de años que han corrido por nosotras. Hémonos hecho reacias en los treinta años, y no hay que pasar de allí en la cuenta".

Las dos compañeras de Leonora, "dos doncellas de su misma edad", las cuatro esclavas blancas y las dos "negras bozales", el negro viejo y eunuco, llamado Luis, que hizo amistad con Loaysa, no tienen en la novela si no muy leve intervención. Quizá la más definida de esta serie de personajes secundarios sea la negra Guiomar. Se dice, incidentalmente, que era portuguesa y Cervantes la hace hablar en una jerga que Rodríguez Marín considera se aproxima al vascuense y que para mí se aleja bien de la lengua de las montañas y la costa cantábrica españolas. Cervantes intentó hacer hablar a Guiomar en lo que para ella sería lógico: en un castellano aprendido por gente africana. Así dice la negra Guiomar: "Por mi, más que nunca jura, éntre con todo diablo; que aunque más jura, si acá estás, todo olvida". Y después, cuando a Guiomar deja de cuidadora la dama ante la puerta de la recámara de Carrizales: "Yo negra, quedo; blancas van: ¡Dios perdone a todas!".

El negro eunuco Luis habla repetidas veces con Loaysa; y no utiliza esa jerga de Guiomar. Se dice que es aficionado a la música: Cervantes añade que esa inclinación a la música la tienen todos los negros. Loaysa llama a Luis "moreno": "enseño a tañer a algunos morenos y a otra gente pobre, y ya tengo tres negros, esclavos de tres veinticuatros, a quienes he enseñado de modo, que pueden cantar y tañer en cualquier baile y en cualquier taberna, y me lo han pagado muy rebién". Quevedo escribió (9): "El zapatero de viejo se llama entretenedor de calzado...; valiente al desvergonzado; cortesano al vagamundo; al negro, moreno...'"

Este negro y eunuco Luis, de voz atiplada, sirve para construir toda la novela: no llena otra misión. Se insiste en que no es muy valiente y en que adora la guitarra. Abre la primera puerta porque está dispuesto a aprender a tañer el instrumento y a cantar. Y piensa que Loaysa es el inigualado maestro de guitarra y canto. La candidez de Luis invita a la sonrisa. Cervantes quiere conseguir ese efecto.

Los padres de Leonora cruzan por las páginas de *El celoso Extremeño*, casi en forma de fantasmas. Nada dicen, nada significan. Al cabo de la acción quedan tristísimos "aunque se consolaron con lo que su yerno les había dejado y mandado por testamento".

Es posible que lo más desconcertante de todo el relato sea ese viaje a Indias que se le destina a Loaysa. ¿Por qué? El virote se contentó con jugar su estratagema, con dormir una noche en los brazos de Leonora. Si nada consiguió, colmó su aventura. No se concibe su despecho ni el que se considerara corrido. Reiría con sus amigos los virotes, con su amigo el mantón, el remate de su farsa. El cínico vive en cínico.

(Concluye en la entrega siguiente)

NOTAS:

(5) *El pícaro Guzmán de Alfarache*, parte II, libro III, capítulo VI.
(6) Edición de Sevilla, en 1901.
(7) Tomo 36 de Clásicos Castellanos, página 107.
(8) *El entrometido y la Dueña* y *El Soplón*, por Francisco de Quevedo.
(9) *El mundo por de dentro*, por Francisco de Quevedo.

AL PADRE AZARÍAS H. PALLAÍS

(En el *Rep. Amer.*)

Leyendo *Bello tono menor*

Padre Pallais: Yo rezo con tus versos
de antífonas sagradas y devotas
ideas, en voz baja. Voy siguiendo
tu ritmo melodioso, tu alma viva,
que en amor puro arde en llama de Dios.

Versos cristalinos como el agua,
versos para las niñas castas;
para bajorrelieves marmóreos
en los frontispicios clásicos
de antiguas catedrales,
donde el buril de Benvenuto talla
la mirífica Forma, la divina
del soplo magistral que dió lo Increado.

Tú buscaste la Unidad, la melodía,
porque tienes la inconsciencia del bardo
para decir verdades a los hombres
envueltas en ropajes sibilinos,
pues tú hablas con el Verbo llameante
del desnudo Sermón de la Montaña.

Santificado seas porque dices
en tus ayunos largos,
el sacrificio de la Santa Misa.
Y porque llevas en tus manos puras
los cálices de oro
llenos de sacras hostias
con que comulga mi conciencia de hombre;

porque tu lengua flexa ha pronunciado
la exégesis del Nuevo Testamento
y como Juan de Patmos ves visiones
que estereotipas como en un salterio;

porque además en santidad tú vives,
como Teresa de Jesús vivió.

Amas los bardos místicos y llanos
como Armando Godoy y Francis Jammes,
a Nervo y a Rubén y a ti mismo,
(mas compadece al mísero Voltaire).

Pasas con tu alegría sobrehumana
sobre las enredaderas florecidas,
y como David tus salmos cantas,
modesto como un monje en su pagoda,
hierático, silente y extasiado.

Y suene el diapasón de la heptacorde
lira, escala de Jacob—al borde
del cielo en lo infinito.

Estos dodecasílabos que juegan
quebrando el hemistiquio,
no son cual de Zorrilla, necio y tonto.
(Pallais es señor de cabras y ardillas)
y al sofístico Sócrates olvida,
que por Platón expulsa a los poetas
de su "República".

Bello Tono Menor es el poema:
perfume en el altar como una gema;
páginas de viñetas exquisitas
y góticas mayúsculas al rojo,
del Arte de un poeta de alto numen,
todo esto que es sencillo y es muy grande
como la alondra que en la aurora trina,
me hacen forjar por el panida un canto
en loor de gloria bajo las estrellas
que brillan por los siglos de los siglos.
Amén.

Armando OCON MURILLO.
Managua, D. N., Nicaragua.
6 de noviembre de 1947.



Presbo. *Azarías H. Pallais*

Esta tarde fugaz, ensimismada
es un endecasílabo de Dante,
otra la niña, mi voz subrayada,
tercer verso del mismo consonante.

Niña de ardillas y de cabras, una
entre todas, sin par Andalucía,
noche traviesa, complicada luna;
meciéndose, en columpios de alegría.

Nuestra Gladys Hernández Barberena,
incontables mecidas, más de cien,
y estamos celebrando esta verbena,
sus padres, sus hermanos, yo también.

Azarías H. PALLAIS,
Prbo.

SON DOS BALADAS

(En el *Rep. Amer.*)

LA BALADA DEL POETA DESPUES QUE HUBO LEIDO EL LIBRO DE VERSOS DE FRANCISCO OBANDO SOMARRIBA

Pues leyendo tus versos antiguos y modernos,
tan limpios y tan versos, se entusiasman las horas,
diríais, como rosas de pétalos eternos,
en una interminable repetición de auroras.

Y mis ennochecidos ojos circunstanciales
volvieron a ser niños de mirar inocente,
mayúsculas primeras de pintados misales,
corderos primitivos que vuelven de la fuente.

Tal vez, en capilares andanzas, Alfa y Beta,
unánimes las vidas, de poco más o menos,
así por la lectura de tus versos, poeta,
con madrigalizados ojos claros serenos.

LA BALADA DE UNA NIÑA QUE SE LLAMABA NUESTRA GLADYS HERNANDEZ BARBERENA

Bailaora la niña, bailaora;
pues nadie le ha enseñado; natural
paso de la niñez, en buena hora,
de ámbar, de porcelana, de cristal.

En juego de cantos y bailes y
suenan las panderetas cuando canta,
en alternas maravillas, así,
como quien una y otra vez se encanta.

Hágame versos, me dijo zalamera,
versos, como quien no quiere la cosa...
encendía la tarde retrechera,
sus estrellas de octubre; nostalgiosa.

Mi voz se fué con los siervos esquivos
y esta niña de ardillas y de cabras,
a jugar a los puntos suspensivos
y a la fuga total de las palabras.

Los Tiranos de América

(En el *Rep. Amer.*)

América, hace siglos que padece
el escarnio de bárbaros Tiranos
y su excelso prestigio decrece

por el ansia de Mando que domina
las almas de esos Déspotas insanos
que esclavizan los Pueblos, y su ruina

causan con las contiendas fratricidas,
que son su perdición y les mantienen
sumidos en la impotencia de por vidas.

Ya es hora de que cesen los rencores
y el Mundo viva en paz y sin miserias;
que se extingan los crueles Opresores

y los hombres —sin viles cortapisas—
ejerzan sus derechos ciudadanos,
exhibiendo su Honor como divisas!

Mauricio VERBEL *G.*,
(Fausto).
Ciudad de Panamá, 1947.

ESCULTURAS FARAÓNICAS

(En el *Rep. Amer.*)

Así como en otras viejas culturas el arte escultórico tuvo un desarrollo muy tardío debido a un tabú antropomórfico (China, India, Japón) o a fuertes inhibiciones con respecto a la representación de la figura humana (cultura hebrea), en Egipto en cambio la escultura llegó a una perfección completa 2.500 años A. C., cuando Grecia no era ni siquiera una unidad geográfica y cuando Roma aparecía tal vez como un pantano emergiendo de las aguas mediterráneas. Lo prueba así esta estatua de Kephrén, en granito negro, existente hoy en el Museo del Cairo, representando el Rey, sentado, con el Dios Horus en forma de un halcón cubriéndole sus hombros. Hay en esta estatua, vieja de casi 5.000 años, una majestad, un misterio y un "aire de eternidad" que diríamos aterrador. Se siente en su presencia que hay "algo" detrás de ese bloque de mármol oscuro, veteado de estrías verde-azulejas, con un rostro inmutable que mira hacia una incógnita e infinita distancia, y poseedor de una ciencia que nosotros apenas sospechamos. Acaso han tenido razón los antiguos egipcios cuando creían que el "doble" o "ká", desprendido del cuerpo del difunto venía a habitar en su estatua, la cual pasaba a ser "morada de eternidad". Porque si la impresión que nos sobrecoge frente al Moisés de Miguel Angel es de deslumbramiento y maravilla y la que desciende sobre nosotros ante la Venus de Milo o el Apolo de Belvedere es de serenidad y armonía, la que experimentamos al pie de la estatua del monarca constructor de la segunda pirámide de Guizeh es de inquietud y de místico terror al borde de lo desconocido. Aquel rey —y el artista que lo representó en piedra negra— sabían cosas que nosotros ignoramos: la dignidad de esa mirada remota que viaja al través de los siglos, la armonía del cuerpo, la extraña vida de ese trozo de granito, expresan algo, contienen una fórmula incógnita que para nosotros no es más que un vislumbre de otros mundos. Brazos y piernas desnudos parecen completamente lisos a simple vista, pero si se les toca con suavidad, con mano de pianista que rozara el teclado o de cirujano que palpa una piel adolorida, se puede sentir el fino y perfecto relieve de músculos y tendones, como si una vida fría y eterna circulara en forma de savia "osiriana" por esas arterias verdosas que son las vetas del granito. La estatua de Kephrén, como la del "Sheikh-el Beled" (en madera) y como la del "escriba sentado" o la de Rahotep y su esposa Nefertet (en piedra pintada), todas ellas del Viejo Imperio, maravillas son del arte escultórico universal que desafían cualquier comparación y muestran cuán lejos llegaron los hombres de Memphis y Abydos, de Heliópolis y Sakkarah en sus contactos con los dioses.

Pero, nuestra predilección va, en medio de tantas obras de arte incomparable como las que llenan el museo faraónico de El Cairo y el museo copto y el museo árabe de esta misma ciudad, hacia la pequeña estatua en mármol blanco del Faraón Thoutmés III (1504-1450 A. C.?), de la XVIII Dinastía, quien vivió y gobernó en una época de expansión del Imperio en todas dimensiones y de un robusto renacimiento de las artes y las letras. La estatuilla, que no tiene más de 50 centímetros de altura, representa al monarca en actitud de hacer una ofrenda a los dioses: desnudo, sin más cubierta que el corto calzón de lino conque los reyes y grandes sacerdotes entraban al santuario, y en la cabeza la toca imperial ostentando en su frente el "ureus" en forma de una cabeza de cobra erguida y amenazante, Thoutmés III, el gran gobernante, aparece arrodillado, sosteniendo en cada una de sus manos un vaso de ofrenda. Hay una armonía tan sublime en el conjunto de la figura, una pureza casi mágica en la expresión del juvenil rostro imberbe, una "souplesse" tan lograda en la postura de los brazos y piernas, que sólo un genio excepcional ha podido modelar y cristalizar todo eso en el delicado y duro material del mármol blanco. Es esta una obra de aquellas que pueden ser contempladas durante horas y horas sin fatiga porque refrescan y reposan no sólo los ojos sino el espíritu. No podríamos decir si ella es clásica o romántica, si apolínea o dionisíaca. Ella es simplemente perfecta. Nos ofrece la imagen del hijo del gran rey guerrero Thoutmés II tal cual era seguramente en sus años juveniles cuando, confiado por su padre a los sacerdotes del Templo de Ammón, era educado en el secreto de los ritos y altas enseñanzas iniciáticas. El destino habría de someterlo a duras pruebas: muerto su padre cuando él era apenas un niño, fué casado con una de las dos hijas legítimas del Faraón (él era hijo ilegítimo, es decir su madre no era la Reina titular). Aprovechándose de esta circunstancia, la reina, su madrastra, —que ahora pasaba a ser también su suegra— asumió la regencia que había de conservar por más de veinte años. De nada sirvió al futuro Thoutmés III que el dios Ammon, durante una de sus procesiones anuales, se detuviera frente a él indicando con ello que él era su elegido para gobernar el país; de nada le valió tampoco que la poderosa casta sacerdotal de los templos de Ammon le prestara todo su apoyo considerándolo como uno de los suyos puesto que entre ellos había sido educado. La Reina Hathshepsout era una de aquellas mujeres de puño firme que aparecen de tarde en tarde en la historia de las naciones y que superan las hazañas de los peores sátrapas y dictadores. Leyendo su historia no podemos dejar de recordar un período análogo de la historia de



Estatua en mármol blanco de Thoutmés III

China: hay en efecto fuertes similitudes entre la Hathshepsout egipcia y la célebre emperatriz Dovager Tszú-Hsi, quien a fines del pasado siglo, usurpó el poder de su sobrino, el Emperador Kwang-Hsú, manteniéndolo prisionero por más de diez años en un pabellón sombrío en la Ciudad Prohibida de Peking. Ambas fueron mujeres sedientas de gloria, riquezas y poder, dominadas por la sensualidad del mando y de todos los demás placeres de la vida, que han contribuído a crear una triste reputación histórica a los gobiernos por mano de mujer. Thoutmés III fué, sin embargo, mucho más afortunado que el pobre Kwang-Hsú, que terminó sus días en prisión, en tanto que Thoutmés pudo ascender al trono a la muerte de la usurpadora. Su gobierno fué uno de los más gloriosos no sólo de su Dinastía sino de todas las dinastías. Evidentemente la poderosa ayuda del clan sacerdotal de Ammon tiene que haberle servido de mucho durante su reinado. Como constructor sólo encuentra rival en Ramsés II —llamado también Ramsés "el Grande"— lo cual es mucho decir. Para vengarse, aunque fuera póstumamente, de su suegra y madrastra, Thoutmés hizo borrar el nombre de ésta de todos los monumentos públicos y privados que aquella había hecho construir y que eran numerosos, entre ellos su magnífico templo funerario en Deir-el Bahari, que es una de las grandes atracciones turísticas hoy mismo. En cuanta piedra había el nombre de Hathshepsout, el Faraón hizo grabar el nombre de su padre Thoutmés II o el de su abuelo Thoutmés I. Pero, el discípulo predilecto de Ammon no necesitaba de tales recursos para sobrevivir en la memoria de los hombres: le bastaba con esta estatuilla que ahora contemplamos y que algún artista de genio —salido también seguramente como él mismo de los templos del culto "solar" de Ammon— talló en mármol impoluto para que su nombre sea recordado eternamente.

Juan MARIN.

El Cairo, Diciembre 1947.

ARGENTINA

Es un cuento de Patricia Cox

(En el *Rep. Amer.*)

Cuando nació era una niña muy bonita: grande, hermosa, regordeta, con un par de lindos ojos negros de mirar muy dulce; pero fué creciendo y cada día se hizo más grande, más pesada y más tonta.

Cuando se hizo mujer, era la boba del barrio. Alta y gruesa, con un andar lento como de osa; sólo los ojos negros conservaban su rara belleza lejana de mirada triste.

El instinto maternal se había desespertado en ella con una tremenda intensidad dramática. Pasaba el día abrazando y arrullando a un muñeco desteñido, con el pelo hirsuto y la cara raspada; le cantaba las más bonitas canciones que imaginaba con una voz honda y dulce que sólo ella escuchaba, y cuando creía que lloraba, lo paseaba murmurándole mil ternezas. Cuando el niño quedaba dormido en su regazo, se sentaba suavemente en el ancho portón lleno de helechos y palmeras, y ahí quedaba horas y horas, mirando en el ancho azul cruzar palomas y gorriones.

Daba dolor verla así, y su nombre resultaba una amarga ironía. Argentina era triste, fea, idiota, pesada. Algunas veces, hablaba para decir incoherencias, pues sus palabras eran estropajosas, turbias, como las de un ebrio.

En las noches dormía abrazada del muñeco: su niño, su tesoro, su vida. Era una lástima aquel amor maternal malogrado y aquella ansia infinita de ternura.

No entendía nada, no sabía nada, sólo su niño era la razón de su vida.

Y sucedió que un día llegó a su vecindad un matrimonio joven con una hijita, rubia como un rayo de sol. Argentina la vió pasar por el zaguán de su casa y la siguió con la mirada ansiosa, hambrienta de cariño.

Todas las tardes la veía pasar y de su boca fluía un torrente de palabras ininteligibles; su sueño era inquieto por las noches... ¡la niña azul... esa sí era de verdad!

Y por fin, un día se atrevió: al pasar la pequeñuela por el zaguán, Argentina tendió su mano ruda, áspera como una garra. La niña quedó asombrada al verla, tan de pronto, como si estuviera de repente ante una bruja que hubiera salido del rincón oscuro de la cancela que ocultaban las macetas frondosas. Se asustó y quedó suspensa, pero la ternura que había en los negros ojos de Argentina la dominó. Soltó la risa y le tendió los brazos; se dejó acariciar y escuchó aquellas canciones extrañas, como traídas de un país remoto y desconocido, donde suenan ecos de voces primitivas.

Y todos los días se repitió la escena. La niña gustaba de pasar el tiempo al lado de su nueva amiga.

El corazón de Argentina rebosaba la dicha silenciosa de los que son felices dando el corazón a cambio de un poco de amor. Escondía en los bolsones de su falda terrones de azúcar robados al azucarero, o los higos cortados a hurtadillas y el confite que le obsequiaban en la comida del mediodía.

Por las noches despertaba ansiosa de que llegara el alba, impaciente porque la aurora le trajera la dicha en los ojos y la alegre risa de su niña. Odiaba a las estrellas y cuando las veía palidecer con la alborada, se paraba descalza y abría la ventana para ver salir el sol. El día era su mejor amigo: él le traía la dicha que colmaba de alegría su corazón hambriento de ternura: la niña azul... su niña.

Y Argentina, como por un milagro, fué aprendiendo a hablar, trataba de coordinar pensamientos. A veces hasta sentía un poquitín de remordimientos al ver a su muñeco abandonado en el revuelto lecho. Entonces lo alzaba, lo estrechaba sobre su corazón, pensando en su niña azul.

Pero ¡ay! un día aquella felicidad inapreciable terminó. Se acabó de golpe, como había llegado. La niña azul de sus ensueños se fué como había venido, dejando el corazón de Argentina lastimado hasta el fondo, con una sangrante herida que no restañaría jamás.

Esperó en vano, largas horas amargas y pesadas, apretadas en la garganta como un puño. Sus ojos melancólicos siguieron las horas en las luces y en las sombras, mas su niña no llegó, no volvió a llegar nunca en el fresco cascabeleo de su voz ni de su risa para endulzar aquella honda tristeza infinita. Parecía que un ojo de agua se hubiera quedado seco y para llenarse de nuevo necesitara todo el llanto de su alma. Acurrucada en un rincón, con el muñeco en el regazo, lloraba quedamente su felicidad perdida:

—¡Me robaron a mi niña... ¡ay! me robaron a mi ángel!

¡Cómo podía caber la alegría en el mundo si su pena era tan honda! ¡Cómo brillaba el sol si su pena era tan negra que le hacía noche cerrada toda su vida! ¡Cómo podían florecer las rosas si el llanto suyo lo anegaba todo!

Se hizo enemiga del día y odiaba el alba porque ella, en su caballo de oro, le había robado a su niña, llevándosela por un mar azul donde navegan los luceros con velas que son girones de noche...

Y todas las mañanas, mientras rodaron los astros y la cabeza de Argentina se hizo gris, con el muñeco abrazado contra su pecho anhelante, el grito maternal rasgaba el amanecer de las calles silenciosas de mi pueblo:

—¡Me robaron a mi niña... ¡ay! me robaron a mi ángel...!

México, D. F., enero 1948.

EL FUTURO DE AMÉRICA

(En el *Rep. Amer.*)

¡Ciudadano de América!, amo sus límpidas glorias
y lucho porque cesen sus Contiendas armadas,
que amenguan su prestigio y hacen ilusorias
las amplias perspectivas por ella vislumbradas.

Su bienestar depende de la paz y los esfuerzos
que sus hijos hoy dediquen a las arduas faenas
de laborar sus tierras y cultivar los diversos
productos que su suelo nos brinda a manos llenas.

Sólo así conseguiremos desterrar las miserias
del recinto sagrado de nuestros patrios lares
y no presenciaremos las sangrientas tragedias

de las continuas guerras entre los mismos hermanos,
en las cuales los hombres sucumben por millares,
víctimas de las venganzas de los feroces Tiranos!

Mauricio VERBEL G.,
(Fausto).

Panamá. 1947.

ACOTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

(Colaboración)

A propósito de *Siglos, escuelas, autores*, por Roberto F. Giusti. Buenos Aires, Editorial Problemas, 1946. 413 p. $ 7.75 m/arg.

El magisterio literario de Roberto F. Giusti es uno de los más nobles y fecundos —tanto por la alta calidad como por el volumen — que en la América Hispana podrían citarse hoy. Con la única excepción del venerable patriarca de nuestras letras, don Baldomero Sanín Cano, nadie en la América ibera ha realizado una más seria y perseverante ejecutoria en el campo de la crítica literaria que este ilustre profesor argentino.

Por más de treinta y cinco años se ha consagrado el señor Giusti a la ardua y asaz ingrata tarea de interpretar libros y autores europeos y americanos en lúcidos ensayos y en libros que constituyen uno de los aportes más valiosos con que en este campo cuenta el mundo hispano en la hora actual. Una gran parte de su labor crítica se encuentra todavía diseminada en publicaciones periódicas argentinas, especialmente en la benemérita revista *Nosotros* que por espacio de treinta y cuatro años dirigió el profesor Giusti en colaboración con el inolvidable Alfredo A. Bianchi. Pero lo recogido en volumen hasta hora, especialmente en *Nuestros Poetas* (1912), en los cuatro tomos titulados *Crítica y Polémica* (1917-1930), en *Florencio Sánchez. Su vida y su obra* (1920), en *Lecciones de Literatura Española y Argentina* (textos de historia literaria) y en el que aquí nos ocupa, representa una de las contribuciones más penetrantes y luminosas que en nuestra lengua se han producido en los últimos decenios.

Con excepción de una excelente traducción con prólogo y notas de Giácomo Leopardi, en 1917, y un volumen titulado *Mis Muñecos* (Cuentos y fantasías) aparecido en 1923, y varios textos de gramática e idioma castellanos, la labor del señor Giusti ha gravitado toda ella hacia la crítica literaria. Es un acto de justicia reconocer que para el cultivo de este género el autor está excepcionalmente dotado. Sus raras dotes intelectuales, su caudalosa y bien digerida erudición en letras europeas y americanas, su capacidad de objetivación y de análisis, su fina sensibilidad y buen gusto, hacen de él un valor de primer orden en la crítica hispana.

Con loable perseverancia y hondo sentido de responsabilidad, sin premura, mas sin pausa, sin claudicaciones ni concesiones a la amistad o a la moda, el señor Giusti nos ha dado un ejemplo de crítica dilucidadora que es modelo de probidad y hondura. Con los años, su horizonte intelectual se ha dilatado y su crítica ha devenido más serena, más objetiva y sagaz.

Este denso volumen que ahora nos ofrece está dividido en dos partes casi iguales en extensión. Las primeras 220 páginas están consagradas a temas europeos y españoles, en tanto que las 190 finales las ocupan temas americanos. Casi idéntico es también el número de asuntos en ambas partes tratados: 11 en la primera sección y 12 en la segunda.

El libro se inicia con un nutrido ensayo titulado: *Panorama del siglo XIX* que es uno de los enjuiciamientos más equilibrados y enjundiosos que de aquella controvertida centuria hemos leído en español. A la novela realista y naturalista francesa y española se le



Roberto F. Giusti

consagran sendos estudios, muy exactos y provechosos ambos. Vienen luego cuatro monografías españolas: *La poesía medieval castellana y nosotros*, La Celestina *y su autor, Cervantes, amigo de pícaros*, y una estupenda semblanza de Gaspar Melchor de Jovellanos en la que se destaca con amorosa justicia el gran valor humano que en el ínclito y probo regalista existía. Cierran esta primera parte del libro cuatro ensayos sobre otras tantas figuras literarias europeas: *El arte de Eca de Queiroz, Leconte de Lisle, Anatole France* y *Lawrence de Arabia*, que prueban la sagacidad crítica y la íntima compenetración del autor con el espíritu y la obra de estos escritores.

Los primeros nueve temas de la segunda parte son argentinos, en tanto que los tres últimos estudios están consagrados a José Asunción Silva, José Martí y Amado Nervo, respectivamente. La necesaria brevedad en que esta nota debe encerrarse, nos impide reseñar con la detención que quisiéramos el calibre de cada uno de estos ensayos. Los dos primeros —*Panorama de la literatura argentina contemporánea* y *La literatura francesa y la cultura argentina*— son los más extensos, pero los titulados *Sarmiento, escritor, Ricardo Gutiérrez. Eugenio Cambaceres, José Ingenieros* y *Fervor y estilo de Aníbal Ponce*, si más breves, no ceden a los dos primeros en hondura y mérito interpretativo. Tanto al poner de relieve la mediocridad de Gutiérrez como poeta (con lo cual Giusti destruye definitivamente la sobrevaloración que de este último romántico argentino se venía haciendo desde antes de su muerte) como al exaltar la capacidad de trabajo, el talento y la hombría de bien de Ingenieros y su discípulo y continuador, Ponce, el señor Giusti demuestra una vez más su independencia crítica, su insobornable probidad literaria, su lealtad a los principios que informan toda su extensa labor. Las semblanzas de Silva, Martí y Nervo son un modelo de síntesis y perspicacia interpretativa.

El lector acaso se sorprenda un poco ante el análisis severo —pero rigurosamente justo — que el autor hace de la prolífica obra poética de Nervo. Hasta ahora la crítica había sido en extremo generosa con el poeta mexicano y acaso se le sobrestimó. Giusti, en nuestro sentir, lo reduce a exactas proporciones, pero no le regatea su admirativa valoración a *Serenidad* y *Elevación*, los dos libros más logrados de Nervo.

A los méritos apuntados habría que añadir la claridad y excelencia del método expositivo del señor Giusti, así como la noble concisión y severa dignidad de su estilo, preciso y elegante sin dar nunca en lo barroco; rico sin profusión ni exceso. La suya es una prosa bellamente didáctica sin caer jamás en la frialdad ni en el prosaísmo desmayado y sin vitalidad de tantos académicos. De aquí que estos ensayos críticos alcancen el rango de una obra de creación.

Manuel Pedro GONZALEZ.
University of California.
Los Angeles.

La juglaresa

A Berta Singerman,
en *Repertorio Americano.*

¿Qué es este silencio grande
de asombros que se despeñan
hacia abismos luminosos
gloria de azules presencias?

¿Qué es este silencio grande,
equilibrio de sorpresas
en músicas nunca oídas
de fresquísimas estrellas?

¿Qué es este silencio grande
como de mar y de selva,
como de arenas áureas,
como de raíces eternas?

¿Qué es este silencio grande
de alas cándidas que reman
un aire de anunciaciones
en luz de la gracia plena?

¿Qué es este silencio grande
de milagrosas certezas:
inocencia en la ternura,
fatalidad en la pena?

¿Qué es este silencio grande,
colmena de muchas celdas
que va colmando de mieles
no sé qué divina abeja?

¿Qué es este silencio grande
en que surgen y clarean
aguas de cielo y diamante
recónditas en la alberca?

¿Qué es este silencio grande
de sobrecogida empresa
en que los símbolos magos
desnudan su clara esencia?

¿Qué es este silencio grande,
concha nácar de belleza
naciente en sombra y en luz
de una vara de azucena?

¡Es el silencio en que canta
su canto la juglaresa!

Carlos Luis SAENZ.

Costa Rica, enero 1948.

LA INDIA, RUSIA Y WALT WHITMAN

Por *Alfredo Cardona Peña.*

(Es un recorte de *El Nacional* de México, D. F.—*Envío del autor*)

En 1871, uno de los años más fecundos de Walt Whitman, escribió el gran poeta norteamericano su poema *Passage to India*, incluído en una nueva edición de *Leaves of Grass*. El poema, según lo explica Concha Zardoya, última y completa introductora al mundo estético de Whitman, estaba fundado en dos hechos recientes: la apertura del Canal de Suez y la terminación del ferrocarril transcontinental, que unía los dos más grandes océanos entre los cuales se hallaba América; "describía también, con acentos de religiosa alegría cósmica, la emoción de una alma que, después de haber realizado la vuelta al mundo, siente su *unidad*". ¡Bello y profundo momento de visión poética! La calidad de vate, cierto profetismo, una como iluminación ultra-corporal, define los valores de la auténtica poesía. Así lo habían descubierto los filólogos del antiguo Lacio, al asentar que la videncia —*el vatisdicere*— es connatural al misterio de la palabra rítmica.

Passage to India forma parte de esa sinfonía a lo Wagner que se llama *Música de la Tempestad*. Cantando su época, cantando las hazañas del presente, las obras de los ingenieros, los mares "sembrados de dulces cables elocuentes", canta Walt Whitman el pasado, donde pululan los durmientes y las sombras. Y no rescata del pasado lo yerto, la osamenta, sino, como decía Unamuno, "la sustancia de la historia". Porque, "como un proyectil que se dispara y sobrepasa cierta línea, en tanto que continúa avanzando, así el presente, puesto en marcha, es impulsado por el pasado". Es emocionante escuchar en la voz del gran pionero del futuro estas palabras:

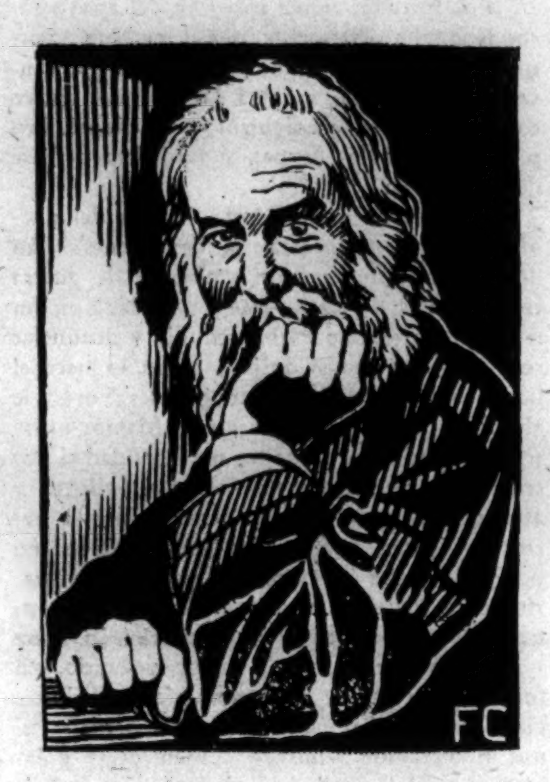
¡Paso, oh alma, hacia la India!
¡Esclarecidos los mitos asiáticos,
las fábulas primitivas!

En 1893, un año después de la muerte de "El Buen Poeta de los Cabellos Grises", como lo bautizó su amigo O'Connor, llegaba a los Estados Unidos un maestro de la antigua India: Swami Vivekananda. Y este filósofo de la mente, al congregar a los más valiosos representantes del pensamiento americano, dijo en una de sus conferencias: "Verdaderamente, Walt Whitman era un *sanyassin*" (un iniciado, un puro).

Mas la calidad profética del cantor de las democracias sería limitada si no hubiera dejado escrito, ya que no un poema, una carta que con el tiempo resulta notable de toda notabilidad. Walt Withman escribe desde Camden, el 20 de diciembre de 1881, una misiva destinada a Dresden, Sajonia. El destinatario es un ruso que le ha solicitado el visto bueno para la definitiva traducción de las *Hojas de Hierba*. No se conserva el nombre del escritor ruso, pero ved lo que dice Walt:

"¡Vosotros, rusos, y nosotros, americanos! Nuestros países, tan distantes, tan distintos a una primera mirada, tal es la diferencia de las condiciones políticas y sociales y de nuestros respectivos métodos de desarrollo moral y práctico en los últimos cien años; y, sin embargo, en ciertos rasgos, en los más vastos, tan semejantes los unos a los otros".

Abre Whitman con esta salutación "diplomática" (tiene una simpatía diplomática hasta aquí, esa jerigonza de que todos los pueblos se parecen como dos gotas de agua, y que se pronuncian en los cambios de cartas representativas) la gran simpatía del ruso, pero en seguida entra en pormenores de importancia trascendental, que hoy, más que nunca, merecen ser conocidos. Y por lo tanto, no tenemos más remedio que transcribirlos, según la versión de Concha Zardoya (en Walt Whitman, *Obras Escogidas*, Editorial Aguilar, Madrid, 1946):



Walt Whitman
(Visto por *Fr. Cotard*)

"La variedad de los elementos raciales y lingüísticos, que han de ser resueltamente fundidos en una identidad y unión comunes, contra todo riesgo; la idea, perenne a través de las edades, de que ellos poseen a la vez una misión histórica y divina; el ferviente elemento de una viril amistad para todo el pueblo, no superada por raza ninguna; el informe y nebuloso estado de muchas cosas, todavía no establecidas permanentemente, sino determinadas en todas partes para ser la preparación de un futuro infinitamente grande; el hecho de que ambos pueblos tengan independientes e importantes posiciones que conservar y, si es necesario, luchar por ellas contra el resto del mundo; las inmortales aspiraciones al íntimo centro de cada gran comunidad, tan vehemente, tan misterioso, tan abismático; son ciertamente rasgos que vosotros, rusos, y nosotros, norteamericanos, poseemos en común". Habla en seguida de una internacionalidad de poemas y poetas, autoriza la publicación de la carta como prefacio del libro en preparación, y para terminar, exclama el poeta, intuyendo bienestares de toda índole:

"¡Cuán feliz sería al alcanzar el presentido y sentimental contacto con los pueblos rusos!"

Walt Wihtman vaticinó, con las fuerzas del verbo, la organización espiritual de Occidente a través de la India; y definió los valores políticos y morales que mueven a las naciones más pederosas de la tierra, industrial y socialmente hablando: la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica. Estas tres naciones han de cumplir, según las propias palabras de Whitman, "una misión histórica y divina", y representan en sus grandes intereses universales, la tríada simbólica que fecunda y engrandece la existencia del hombre sobre la tierra: el Espíritu, el Capital y el Trabajo.

MÉXICO NO ES UN BUEY MANSO

Por *Narciso Bassols*

(Es un recorte de *El Popular* de México, D. F.)

Es indudable que el artículo del licenciado Luis Cabrera, aparecido en esta Revista hace dos semanas con motivo del viaje del Presidente Truman a nuestro país, se destaca vigorosamente en el mar de las vulgaridades y paparruchas publicadas sobre ese acontecimiento en nuestra hojosa pero mal hecha prensa nacional. Sobresale, principalmente por su claridad. El autor sabe a dónde quiere ir y en unos cuantos renglones lo consigue. No sólo da el flechazo en el blanco, sino que ahí queda el lector, por poco que se le descuide la inteligencia, prendido con su propio convencimiento, a la idea avasalladora, pesimista, tremenda, de que como lo dice Luis Cabrera, un siglo después de haber perdido a manos de los Estados Unidos la mitad de nuestro territorio, ahora de lo que se trata es de entregarles la mitad de nuestra independencia. Que en realidad, sería tanto como entregarles la independencia entera, pues ésta, igual que la honra de las mujeres, con cualquier desgarrón se acaba.

El Presidente Truman, dice el licenciado Cabrera con muy buen juicio, no vino a perder el tiempo. Hay dos problemas de gran trascendencia, que sin duda fueron el objeto esencial de su viaje: en primer lugar, la unificación de la defensa continental, con todo lo que implica de imposición de armamentos, control de puertos, aeródromos, ferrocarriles y telégrafos, en una palabra, hegemonía militar —técnica y económicamente hablando— de los Estados Unidos en nuestro territorio (Plan Truman), y en segundo término, la implantación del régimen de libre cambio obligatorio, o sea supresión de las barreras aduanales de los países latinoamericanos para no estorbar la entrada sin límites a Latinoamérica, de las mercancías norteamericanas llamadas a destruir nuestras incipientes industrias nacionales y a agudizar y perpetuar, por ese camino, nuestro vasallaje económico (Plan Clayton).

Con los años, el licenciado Cabrera se ha vuelto fatalista, de suerte que frente a amenazas tan graves no sólo a esa entidad un tanto metafísica que es la soberanía, sino a la vida diaria futura, al sustento mismo y a las condiciones de trabajo y libertad de los mexicanos, en vez de prever —o siquiera preconizar, aun sin preverla— una resistencia organizada, una lucha viril aunque por supuesto amarga, se pregunta: "¿Pero podríamos rehusar nuestra cooperación para la defensa continental, reservándonos el derecho de declararnos neutrales en una contienda entre Rusia y Estados Unidos? ¿Cuáles serían las consecuencias de nuestra inconformidad?" Y con rápidas, deleznables palabras se limita a contestar: "Ahí está la experiencia de las dos guerras pa-

sadas en que han desaparecido por completo los principios de la neutralidad y los derechos de los neutrales, para dejar en pie la máxima evangelista (seguramente quiso decir evangélica) de que "el que no está conmigo está contra mí". De donde concluye, con aire rotundo y sin tomarse la pena de decirnos por qué, ni más ni menos que esto: "No puede, por consiguiente, discutirse la conveniencia de cooperar con Estados Unidos para la defensa continental". Y tras de haber dejado establecida así la "indiscutible" conveniencia de cooperar a una "defensa continental" cuyos alcances legítimos y verdaderas finalidades no intenta siquiera esbozar, a excepción hecha de dejar sentado como principio cardinal el dogma de que servirá para sumarnos a una contienda entre Rusia y los Estados Unidos, y esto sin más ni más, simplemente por tratarse de Rusia por un lado y los Estados Unidos por el otro, hállase o no comprometida la defensa de nuestro continente y sean o no los Estados Unidos el país agresor; tras de eso, concluye afirmando que, en tales condiciones, el Presidente Alemán necesita toda la yuda que pueda prestarle el pueblo mexicano y textualmente declara que esa ayuda debe ser "no sólo en forma de apoyo o respaldo *incondicional*, sino para el estudio y resolución de tan ingente y trascendental problema".

Para el licenciado Cabrera, pues, la "defensa continental" consiste en sumarnos, como sea, a la guerra contra Rusia. Para él, es "indiscutible" que debemos hacerlo. Bien es verdad que al incorporarnos en esa extraña defensa continental (que a lo mejor nos lleva a "defender" el Continente Americano, digamos en Grecia o en los pozos petroleros del Cercano Oriente), al poner en práctica la alianza militar con los Estados Unidos, como él teme, es muy posible que el peligro de perder nuestra independencia y nuestra fisonomía de pueblo libre, se convierta en inmediata realidad; pero eso es secundario, lo esencial radica en que todos convengamos en que es "indiscutible" la conveniencia de que, con nosotros a la cabeza, ningún país latinoamericano sea neutral en la guerra contra Rusia. Concebidas las cosas tal como el licenciado Cabrera las entiende, bien puede decirse que, en verdad, **sólo** contando con ese tipo de apoyo o respal**do** *incondicional* (predicado ahora por quien **hace** cuarenta años fustigara duramente la famosa frase de aquel "científico" que en el Jockey Club habló de apoyo incondicional al viejo Díaz, y por incondicional, listo para llegar a la ignominia), sólo contando con ese tipo de apoyo, repetimos, podría un Presidente llevar a cabo tan siniestra empresa.

Por fortuna, frente a la tesis del apoyo incondicional al Presidente, que desemboca (porque para eso está hecha) en la "guerra santa" contra Rusia, se alza la tesis del apoyo consciente, y por consiguiente condicional, inspirado en anhelos de paz y verdadera defensa de la América.

Esta última es, sin duda, la tesis del pueblo mexicano. La otra, la de quienes están dedicados a preparar un ambiente de guerra en los países de Latinoamérica, se basa en un truco que es indispensable exhibir y denunciar con toda claridad. Consiste, como lo hace el licenciado Cabrera, en dar grandes voces de alarma sobre el peligro de que perdamos nuestra independencia y nuestra nacionalidad si nos rehusamos a celebrar una alianza belicosa y aventurera; pero no para empujarnos a rechazar (como cualquier ingenuo ciudadano pensaría), sino precisamente para lo contrario, para llevarnos a aceptarla... a cambio de que el gran socio en la empresa, el león feroz y omnipotente nos deje seguir gozando, en forma generosa, de la autonomía y la libertad... que estábamos a punto de perder... si nos hubiéramos rehusado. O en otras palabras: con el "coco" de la invasión, como niños nos llevan a cumplir la faena de la alianza. ¡Ingenioso el procedimiento, no se puede negar: aunque la maniobra sea tan vieja como la humanidad!

Por fortuna, las cosas no son ni tan negras ni tan simples. Por fortuna, no es verdad que el destino nos plantee como macabra disyuntiva, de extremos igualmente inadmisibles, la esclavitud en nuestro propio territorio, por una parte, o la provocación inmediata de una guerra suicida, por la otra. Hay impulsos bélicos en ciertos sectores reaccionarios de los Estados Unidos, que ciertamente son un fenómeno de barbarie atómica; pero mueve a risa pensar que por el mero hecho de no entregarnos incondicionalmente, por resistirnos a tomar parte en una empresa que en los propios Estados Unidos levanta opositores de tanta autoridad moral y de tan fuerte prestigio como el ex-Vicepresidente Henry A. Wallace, México va a ser arrasado y ocupado su territorio. Más bien parece que las voces pesimistas, aparentando dolerse de peligros que no aconsejan combatir, esconden el anhelo de ver los convertidos el día de mañana en realidades, impulsadas por intereses de clases o por prejuicios.

Por fortuna, podemos ser amigos de los Estados Unidos, sin tener que entregarles, a cambio de la amistad —que se vería transformada automáticamente en servidumbre— el manejo de nuestro ejército, el control de nuestros puertos y fronteras, el dominio de nuestras carreteras y nuestros campos de aviación, ni la elaboración y aplicación de nuestra política arancelaria y comercial. México no es un platanar centroamericano, ni una isla del Pacífico, por más que haya todavía mexicanos que con tal de tener automóvil propio, desearían que lo fuese, aunque sin atraverse a confesarlo.

Los Estados Unidos no son ni un país de monstruos, ni un país de insensatos. A pesar de que por las diferencias de lenguas y de costumbres, los dirigentes de ese pueblo no entiendan la psicología y los resortes íntimos de la conducta de los latinoamericanos, miden bien a estas horas lo que significa para ellos la amistad con todo el continente y saben los peligros inmensos que encerrarían veinte pueblos hostiles a su lado.

Por fortuna, la oportunidad para negociar, existe. Si sabemos ser hábiles, y sobre todo, si alcanzamos a ser moralmente valientes, podemos conservar nuestra nacionalidad con autonomía, si además, renunciamos al espejismo de salir de la pobreza por el fácil camino de la venta sin dignidad y por añadidura sin talento.

Lo fundamental es jugar con entereza. Y hacerlo limpiamente, sin trapacerías de argentino. Los Estados Unidos deben saber con precisión cuáles son los límites de nuestras concesiones y cuáles los motivos de nuestra resistencia a ir más allá. Conociendo la mecánica real de nuestros actos, sus propios intereses les llevarán a una articulación equilibrada y amistosa. Si por ignorancia de lo que es nuestro país, pretenden entrometerse en el manejo de nuestro ejército o suprimir nuestras aduanas para provecho de sus mercancías, habrá que decirles, lisa y llanamente: no. Y lo entenderán. Como entendieron, cuando en los primeros días de 1942 trataban de ocupar bases territoriales en nuestra Baja California y las autoridades militares mexicanas les dijeron rotundamente: no.

Por eso, muy al revés de que el Presidente Alemán necesite respaldo incondicional del pueblo mexicano, lo que le hace falta es el apoyo consciente en estrecha sujeción a las condiciones de patriotismo y eficacia que han de caracterizar su gestión. En vez de incondicional ha de ser el apoyo más sujeto a requisitos. Sólo subsistirá mientras la gestión sea sana. Y si se excede o se desvía, el pueblo dejará oír su protesta.

¡Débil sería la posición de nuestro Presidente, si a la hora de las negociaciones en Washington sólo pudiera dejar escuchar los balidos *incondicionales* de sus veinte millones de fieles ovejas, y no el argumento supremo, de la negativa incambiable de un pueblo entero!

Los pueblos de Latinoamérica apoyan la defensa continental. Pero con una condición precisa: que no se quiera amparar con ese nombre, ningún género de aventuras expansionistas en otros continentes, o de luchas encaminadas a la conquista violenta del predominio universal. El sistema interamericano de defensa funcionó eficazmente en la guerra pasada, sólo cuando el ataque de Pearl Harbor patentizó una tangible y no buscada amenaza ge-

neral. Conservemos, pues, el sistema dentro de sus ya probados límites, de respeto mutuo, autonomía interior y eficacia defensiva.

El pueblo de México apoya la defensa continental, pero no la implantación de un militarismo innecesario y oneroso. Los demás pueblos de América coinciden en esto con nosotros. No queremos ejércitos desproporcionadamente crecidos, ni con cargo a nuestro insuficiente y deficitario presupuesto nacional, ni mucho menos a costa de un gobierno extranjero que, con su dádiva, convertiría el grillete en una exasperante maldición.

Sabemos medir y respetar la fuerza ajena, porque somos débiles, pero no insensatos. Nuestras propias dimensiones modestas nos dan un claro sentido de la realidad. A lo que nos oponemos, es a jugar, innecesariamente, un papel de comparsas, humillante y corruptor.

El licenciado Cabrera afirma en su artículo que en el doble problema de la defensa continental y la política arancelaria, a México le está reservado el papel de cabestro, es decir, ajustándose a la expresión literal del Diccionario de la Academia, el papel de "buey manso que suele llevar cencerro y sirve de guía en las toradas". O en términos más amables: México tiene el papel de abanderado y, por consiguiente, de responsable.

Pronto veremos cómo lo cumple. Pero no olvidemos: México no es un buey manso.

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

En los preciosos libros que saca la Editorial YERBA BUENA (La Plata, Buenos Aires, Tucumán), éste que ha tenido a bien remitirnos:

José Luis Romero: *La Historia y la Vida.* 1945.

Digamos: *Colección Yerba Buena:* Ensayos — Arte — Letras. A esta colección pertenece el libro que registramos.

En el profesor Romero se junta: personalidad del erudito, del meditador y del maestro.

Los estudios de este volumen se vinculan al problemas de las relaciones entre la vida y la investigación históricas.

Como envío del execelente amigo don Juan Raggio, en Buenos Aires:

J. M. Guyau: *La irreligión del porvenir.* Estudio sociológico. Traducción castellana por J. L. Gutiérrez, Editorial Tupac. Buenos Aires.

Un magnífico estudio en una magnífica edición.

Doctrina a fondo, fecunda.

Señalamos: *Libro de la primera reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados.* La Habana, 1944.

Bajo los auspicios de la Universidad de La Habana, se reunieron en setiembre de 1943.

Atención de los autores:

José A. Béguez César: *Martí y el Krausismo.* La Habana. 1944.

Con el autor: Escobar 512. Habana. Cuba.

Juan Carlos Foix: *Las perdidas alianzas.* Buenos Aires. 1944.

(Son meditaciones).

Con el autor: Tronador 3574 Cap. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Augusto Mijares: *Educación.* (Algunos problemas de orientación educativa que son también problemas políticos y sociales). México 1943.

(Atención de la Biblioteca Nacional, Caracas, Venezuela).

Nos llega de la Oficina de Correspondencia de la Secretaría de Relaciones Exteriores de la República de Guatemala:

Opiniones centroamericanas a propósito del libro Belice, tierra irredenta. Guatemala, 1944.

Otra atención de la Biblioteca Nacional, Caracas, Venezuela:

Arturo Briceño: *Balumba.* Novela. Caracas 1943.

Señalemos:

José María Heredia: *Poesías Completas.* Homenaje de la ciudad de La Habana en el centenario de la muerte de Heredia 1839-1939. Vol. I y II. Municipio de La Habana. 1940.

Atención de doña Esther Allen Gaw, Dean of Women, The Ohio University, Columbus, U. S. A.:

A New Earth and a New Humanity. By Oliver L. Reiser. New York 1942.

El Dr. Reiser cree que si el hombre recobra el control de su destino, debemos aquí y ahora prepararnos para cambios mayores en nuestra estructura política.

José Martí: *El presidio político en Cuba.* Edición conmemorativa de la inauguración del Rincón Martiano, Canteras de San Lázaro. La Habana, 1944.

Señalemos los *Cadernos* de la Biblioteca de Academia Carioca de Letras (Sede: Río de Janeiro, Brasil).

Hemos tenido el gusto de recibir los números 1 a 6.

Otro envío de la antecitada Academia: *Aspectos do Distrito Federal* (Conferencias). Río de Janeiro. 1943.

Como envío de la Secretaría de Extensión Artística de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile (Santiago, enero de 1944):

Chile. Instituto de Extensión Musical. Universidad de Chile. 1943.

(Música folklórica chilena y estudios explicativos).

Los esfuerzos loables:

Inter American Intelectual Interchange. Institute of Latin American Studies of the University of Texas. 1943.

Envío del Archivo Nacional, Caracas, Venezuela:

Orígenes de la Hacienda en Venezuela (Documentos inéditos de la época colonial). La edición ha sido dirigida por nuestro amigo Mario Briceño-Iragorry. Caracas, 1942.

Raúl Acosta Rubio: *Batista.* Ensayo biográfico. Reportaje histórico. La Habana 1943.

Envío de la Biblioteca Municipal de Lima:

Arequipa. Cuarto centenario de la fundación española de Arequipa. Lima, 1940.

Salvador Irigoyen: *Monólogo del retorno filial.* Novelas breves y relatos. Buenos Aires. 1943.

Atención del autor. Señas: Nazca 530. P. 2. Bs. Aires, República Argentina.

Esta novela, obsequio de Pedro Barrantes Castro:

José Ortiz Reyes: *Simache*. Lima 1941.

En las ediciones de la Editorial AMERICALEE, Buenos Aires:

Adalberto Ortiz: *Juyungo*. Historia de un negro, una isla y otros negros. 1er. Premio del Concurso Nacional Ecuatoriano de Novelas de 1942. Editorial Americalee. Buenos Aires. 1943.

Atención del autor:

Paulino Masip: *El Diario de Hamlet García* (Novela).

México. 1944.

Envío de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual (Casilla 10-D. Santiago de Chile):

Facultad de Filosofía y Educación. Conferencias conmemorativas de su primer centenario. 1843-1943. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. 1944.

Francisco Suáiter Martínez: *Los Territorios*. Instituto Cultural Joaquín V. González. Buenos Aires. 1943.

("Una nación que se observa, se interroga y escucha, posee dentro la victoria. Francisco Suáiter Martínez con su prosa cálida, franca, vivaz y seductora, nos evoca el principio de la *V Sinfonía en Do Menor* de Beethoven: el destino golpeando a la puerta de un gran pueblo".—*Celso Tindaro*).

La Librería HACHETTE, S. A., en Buenos Aires, distribuye esta obra:

Pierre Francés: *La Russie Soviétique et Néotsariste de Staline*. Avec 46 photographies prises par l'auteur.

Deux voyages en Russie:
Constatations,
Comparaisons,
Hypothèses.

La Dirección de Cultura, Ministerio de Educación, Sección de Cultura General de la Rep. de Cuba, nos remite:

Carlos Manuel de Céspedes: *De Bayamo a San Lorenzo*. Selección y Prólogo de Andrés de Piedra-Bueno. La Habana. 1944.

Es el número 3 de la sexta serie de los *Cuadernos de Cultura*, tan valiosos.

Como una cortesía de El Colegio de México y de doña Teresa M. de Díez-Canedo, nos llega este libro que nos conmueve:

Enrique Díez-Canedo: *Juan Ramón Jiménez en su obra*. El Colegio de México. Pánuco 63. México.

Atención del autor:

Marcelo Segall: *El elogio de la dialéctica*. Santiago de Chile. 1944.

Señas del autor: Avda. B. O'Higgins 2334. Depto. A. Santiago de Chile.

Una introducción elemental al Materialismo Dialéctico a través de la Historia de la Filosofía y de la Ciencia.

Como un obsequio de la Dotación Carneggie para la Paz Internacional (305 West 11th Street, Nueva York 27):

Eduardo Salazar: *Violencia, agresión y guerra*. Prólogo de Alejandro Alvarez. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1943.

Señalemos, en las ediciones de la Editorial AMERICALEE, Buenos Aires:

Gonzalo de Reparaz: *Geografía y Política*. Los fundamentos naturales de la Historia humana.

(Estas páginas... "ofrecen conclusiones y observaciones que habrían de tener presentes todos los pueblos, y en especial sus conductores intelectuales y políticos para evitar zigzag de la improvisación y del tanteo).

Atención del autor:

Gastón Figueira: *Juan Ramón Jiménez, poeta de lo inefable*. Biblioteca Alfar. Montevideo. 1944.

Señas del autor: Magallanes, 1070. Montevideo, Uruguay.

En las Publicaciones del Ministerio de Educación de Cuba, Dirección de Cultura:

Jorge Casals: *Plácido como poeta cubano*. Ensayo biográfico crítico. La Habana. 1944.

Dos cuadernos poéticos:

Emma Pérez: *Elegías por Luisa Téllez*. La Habana 1944 y *Canciones a Stalin*. Habana. 1944.

Atención de la autora, tan amiga, tan afectuosa.

Señalamos: *Cartillas del aprendiz de Bibliotecario*.

Son tres:

Nº 1.—*Clasificación*. La Habana 1941.

Nº 2.—*Catalogación*. La Habana 1941.

Nº 3.—*Organización. Indice de materias*. La Habana 1942.

Como envío de la Dirección de Cultura, Ministerio de Educación, Negociado de Relaciones Culturales.

3 *Cuadernos* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán, República Argentina:

Series de cuadernos de Filosofía, letras, historia y pedagogía. Las señalamos con interés.

1.—Bernardo Canal Feijóo: *La expresión popular dramática*.

2.—Francisco Romero: *Sobre la Historia de la Filosofía*.

3.—Juan Mantovani: *La educación y sus tres problemas*.

ANILLOS

No. 2. — Contrastes

Escribe: *Eduardo Jenkins Dobles*
(En el *Rep. Amer.*)

En el *Repertorio Americano*, última edición, leo sobre la muerte de Besteiro, líder republicano, en una cárcel falangista. En los diarios, asimismo, me entero del fusilamiento de cinco izquierdistas. Probablemente, cuando tales cosas sucedían, algunos de estos fascistas celebraban paradas, ridículamente dominantes y rígidos, y eruptaban estentóreos arribas a España.

Y me he sentido, de súbito, fulminado por la ira. Tanto, que el pecho se me resquebraja. Ira sagrada, avasallante, contra los que silenciaron frente a una pared o sepultaron en una mazmorra cuanta inteligencia honesta no escapó a tiempo de la Madre Tierra, después de la amarga derrota.

Pero este es un mundo de contrastes.

Pocos días hace, un magazine norteamericano daba a luz una florida y devota crónica sobre el romance de una muchacha norteamericana, del servicio diplomático, con un tal conde español. A propósito, en una revista estadounidense no desfilan más que gangsters, lovers, gridders o comics. Al menos, en las publicaciones que la gente compra. Ah, y también, últimamente, la oleada anti-socialista. Pero nunca el razonamiento; la calumnia o la verbosidad, siempre.

Mas siguiendo con la historia, el susodicho noble, según parece, posee todas las cualidades apetecidas por las niñas románticas, a saber: guapo, multimillonario, galante y excelente católico. La crema de la sociedad asistió a la boda —nos informan— donde el champaña, las sonrisas y los valses rodaron.

Para evaporar el hastío, el relato estaba suficientemente bueno. Sucede, sin embargo, que este es un momento en que se necesita ver lo que pasa detrás de las pantallas.

Yo, probablemente soy un podrido "comunista", (pronunciado así, con desprecio), un perverso saboteador de la beatífica e insuperable sociedad capitalista, mas no puedo olvidar cuánto llanto, hambre y fusilamientos hay detrás de esa elegancia.

No hace muchos años, hombres como éstos, con la bendición divina debidamente certificada en su portafolio, alquilaron la pólvora nazi y las hordas morunas para asesinar un régimen que empezaba, con traspiés y todo, a liberar al pueblo de sus grilletes seculares.

Este es un mundo de contrastes, dije.

Algún día, no obstante —que presiento cercano— estos "ignorantes, rudos, sudorosos" campesinos, obreros y estudiantes, mandarán al diablo a tales señoritos, generales, latifundistas y racketeers que hoy infestan (perdón, perfuman), a la sociedad.

Y cuando tal magnífico contraste sobrevenga, la dichosa muchacha norteamericana, probablemente, no entenderá el por qué. Lo entenderá, sin embargo, un pueblo rescatado.

Enero 1948,
University of Florida.

SKOTOS KAI BORBOROS

(De *El Fígaro*. Habana, 16 noviembre. 1913)

Dionisos.—¿Qué hay por allí?
Xanthias.—Tinieblas y lodo.
Aristófanes: *Las ranas*, 273.

Dionisos acaba de atravesar el espantable pantano del Aqueronte, y pregunta a Xanthias, su esclavo, el cual otea los lugares de arribada, lo que divisa en torno. —Tinieblas y lodo —le contesta el fámulo.

Si trasladamos la escena de las márgenes de la mal oliente laguna infernal a las orillas del cenagoso puerto de la Habana, y nos figuramos recorriendo sus calles más acá de Galiano y Angeles, no más tarde que a las ocho de la noche y después de un día de lluvias, podremos representarnos con lastimosa fidelidad la situación del maltrecho viajero de Aristófanes.

Sólo que el maleante poeta vivía en Atenas, ciudad de las musas, pero sin resquicios de policía urbana, en los tiempos de Pericles; y nosotros vivimos en este gran centro mercantil, en pleno siglo veinte, después de haber florecido los organizadores y reorganizadores de las grandes ciudades que dan carácter a nuestra época.

No me es posible sufrir las mil incomodidades cotidianas a que me veo sometido, como cada vecino de estos extensos y populosos barrios, sin protestar *in pectore*, contra la espantosa desidia de los administradores de la ciudad, contra la grande y pequeña corrupción que se esconde y actúa tras esa desidia, y contra la pasividad musulmana de que damos pruebas las víctimas. Hoy como ayer, y ayer como hace sus cuatro y hasta sus cinco años muy completos.

Al llegar aquí, he comenzado a pensar si no estaría cometiendo un desaguisado, sin pizca de intención, desde luego, por decir así, tan sin ambajes y en letras de molde, lo que solemos decir y repetir en nuestras casas y en todos los corrillos de que formamos parte.

Me lo ha hecho sospechar el recuerdo de que, ayer mismo, dos escritores, sin ninguna relación entre sí, han descubierto en un articulillo que escribí hace poco, y que intitulé casi humildemente *Yo pecador*, la prueba de que, en el fondo, miro con siniestros ojos la organización política de mi patria.

No creo que esos escritores se han detenido a pensar la enormidad con que me cargan la conciencia. Pero permítanme que les pregunte, si adoptamos el sistema de prescindir de lo que claramente y sin ambajes expone el que escribe, para atribuirle otra intención muy diversa y que puede ser hasta la contraria de la declarada, ¿habrá quién se atreva a tomar la pluma? ¿No vamos a dar así en los procedimientos típicamente inquisitoriales? Hagamos de una vez regla general de nuestra interpretación la del pesimista que aseguraba que la palabra sirve al hombre para ocultar su pensamiento.

Pero no he de contentarme con esta observación, aunque la considero capital. Voy a tomar por lo serio la insinuación, y a contestarla muy seriamente.

Ante los males que forzosamente presenta toda sociedad humana, caben dos posiciones. La del que los señala y pinta con sus verdaderos colores, para mover la conciencia y la voluntad de los interesados, a fin de ponerles el posible remedio. La del que se los atenúa y los atenúa, pretendiendo ver mejor, porque esconde la cabeza bajo el ala, como ciertas conocidas zancudas.

Adopto siempre la primera. No por presunción, no porque crea tener mejores ojos, sino, porque donde veo lodo y advierto que me rodean las tinieblas, encuentro más saludable, para los demás y para mí, decirlo en voz alta, que no seguir chapoteando y refunfuñando.

Enrique José VARONA.

12 de noviembre, 1913.

"Los judíos escupen y los negros matan..."

(De *El Boricua*. Santurce, Puerto Rico, 1º diciembre 1947)

A menudo en la lucha por la existencia de *El Boricua*, ardua y pesada tarea, pero amorosa y llena de fe, nos hallamos en una de las numerosas y largas esperas sentadas en nuestra antigua carroza frente a hogares puertorriqueños. Mucho puede observarse durante estas esperas que a veces se prolongan más de una hora. Recientemente nos hallamos parados frente a un hogar humilde pero acomodado. Es decir, la casita era de bloques de cemento, su patio no nadaba en agua, la pintura estaba fresca, había luz y no tenía letrina. Era la tardecita. Los tres niños que bendecían ese hogar estaban vestidos de limpio y acabados de bañar. La madre joven, charlaba en el pequeño balcón con otra mujer. Las criaturas se veían saludables y de la conversación que entablamos con ellas dedujimos que todos sus deseos eran satisfechos, que eran inteligentes. Contaban 6, 5 y 3 años.

Pero ya el veneno del prejuicio comenzaba a envenenar sus pequeños corazones. El mayorcito le dice al hermanito menor: —Yo soy grande y yo no escupo porque los judíos son los que escupen. El hermanito contesta con la lógica de los años (y de muchos adultos): —Y los negros matan y son locos. En eso se acercaba una mujer obrera, jíbara enjuta, de cuya edad sólo el hambre y la miseria llevan cuenta, semblante demacrado y arrugado. Como tres avecitas asustadas corrieron al patio, cerrando el portón, y gritando: —Una loca, cierra el portón.

Mi nena, que nos acompañaba, se quedó perpleja oyendo y mirando a estos niños bien alimentados, con sus cuellitos circundados por cadena de oro y medallita bendita, su patio decente donde jugar. Cuando desaparecieron me preguntó: —¿Por qué los judíos escupen? Le expliqué que todos los seres humanos escupen pues todos tienen saliva. Le dije que se fijara cómo yo podía escupir, demostrándole en la práctica, y yo no era judía. —Entonces, ¿por qué lo dicen? —Porque, le contesté, hay cristianos que a pesar de las medallas que llevan quieren hacer creer que los judíos son despreciables y no merecen ser tratados como seres humanos. Que decían que los judíos habían escupido a Cristo (aunque Cristo también era judío y aparentemente no escupía). Me preguntó si por eso yo no le ponía una medallita y le respondía que yo había preferido regalarle un corazoncito de oro para recordarle que más valía lo que se lleva en el corazón que lo que se profesa de palabra. Luego me preguntó si era verdad que los negros mataban. Le dije que había hombres y mujeres que mataban, de todos colores, ricos y pobres, y que los nazis, que se las echaban de ser más blancos que el palmillo, se habían ganado el récord mundial de matones. Que en el Sur de Estados Unidos los blancos mataban a los negros por vicio. Que eran peor que animales porque los animales no matan sino por necesidad y defensa propia. Que en Puerto Rico los yanquis mandaron a matar a los puertorriqueños patriotas, como ocurrió en Ponce y Río Piedras. En cuanto a ser locos, los había de todos los colores, y el ser viejo o negro no era señal de ser loco ya que en Puerto Rico había muchos locos y eran de todos colores y en Estados Unidos abundan los locos. Es más; recordé, aunque no se lo dije, el estudio reciente de un médico sobre el estado mental en Puerto Rico. Pensé si los padres de estas criaturas estarían ya en lista o si no ellos por lo menos los pequeños cerebros envenenados de sus hijitos por el más potente y funesto de los venenos: el Prejuicio.

Consuelo LEE TAPIA.

LOS NIÑOS HÉROES EN LA CONCIENCIA POPULAR

Por *Alberto Morales Jiménez*

(De *El Nacional*. México, D. F.)

Desde la más alta tribuna del pensamiento: la cátedra, el inigualable Maestro Próspero —según escribe José Enrique Rodó con dulce estilo literario en la obra siempre actual *Ariel*— explicaba a sus discípulos que la juventud es el venero inagotable de la nacionalidad y de los arrebatos más dignos y nobles. Los hombres del futuro, decía, son alborada y sol y, en seguida, aconsejaba a sus oyentes que se asieran con patriótica terquedad a la tierra y al Continente que los vió nacer.

América vivía impresionante tragedia en los días luminosos en que Próspero, el modesto maestro de escuela, enaltecía la cátedra aconsejando patriotismo a las juventudes. Años más, años menos de diferencia, en cada país de este Hemisferio se sentía el lacerante zarpazo de los imperialismos. Profunda razón ha tenido el sociólogo que afirmó que el siglo XIX marcó la etapa en que las naciones poderosas terminaron de distribuirse el universo, mediante zonas de influencia. Muchas patrias débiles pasaron por la amarga experiencia de rectificar fronteras. Y fué entonces cuando las generaciones de aquella época clavaron los ojos en la obra perdurable de José Enrique Rodó. Y corrieron, presurosas, en busca de amparo en la fortaleza de la juventud.

Las más sacrificadas de todas fueron las juventudes del siglo XIX. Unas se afiliaron a las banderas libertadoras de Bolívar, otras cayeron en las contiendas que jefaturaron José Gervasio Artigas y el aristocrático patriota Bernardo O'Higgins. Allí, en Pinar del Río y Camagüey, los campos están fertilizados con la sangre de los jóvenes que acompañaron a José Martí en su insurrecta odisea de fin de siglo.

América y México constituyen un relato inagotable de hazañas permanentes de quienes vivieron sus primeros años en la etapa expansionista de los imperialismos.

Aquí podemos relatar a los hombres por venir, la epopeya de los estudiantes que abandonaron las aulas para defender Texas. La actitud inmortalizada ya, en el Olimpo de nuestra Historia, de los Niños Héroes de Chapultepec.

En trágicos y culminantes momentos de aquella tragedia del 47, ellos representaron a la Patria en su propia presencia física. Dieron ejemplo a las juventudes bolivianas y peruanas que años más tarde sacrificarían la vida en las pampas salitreras de Tarapacá, Antofagasta e Iquique. Señalaron el camino a la Generación Mexicana del 57, la ejemplar generación del Plan de Ayutla, que sucedió inmediatamente a sus Maestros: los Niños Héroes.

Pueblos que se divorcian de su pasado se casan con la muerte, dice un aforismo que en buena hora es inculcado siempre y por todos los tiempos en las naciones que se respetan a sí mismas. Y México ha sido leal a esta gran verdad. Al día siguiente del sacrificio heroico de Vicente Suárez, Fernando Montes de Oca, Francisco Márquez, Juan Escutia, Juan de la Barrera y Agustín Melgar, el pueblo entristecido de México encontró refugio a su tragedia en el ejemplo, siempre actual, de los valientes cadetes del Colegio Militar.

Cuentan los historiadores que la Generación de Chapultepec fué un fuerte incentivo patriótico para los combatientes de la Reforma que derrocaron al santannismo. Numerosas brigadas del general Alvarez llevaron los nombres de los Héroes y años más tarde la juventud chinaca del 62, fiel a la lección del 13 de setiembre de 1847, arrojó del suelo patrio a las fuerzas invasoras de Forey y de Maximiliano de Hapsburgo.

Los Niños Héroes son la conciencia misma de la Patria. Lo mismo en horas de rebeldía que de calma digna, los mexicanos volvemos la vista hacia el pasado para rememorar la hazaña del Cerro de Chapultepec. "Los hombres se miden por el hueco que dejan con su ausencia". La ausencia de los heroicos cadetes la hemos transformado en veneración nacional, en culto permanente a la Patria.

Hoy, época de tranquilidad social y de fraternidad continental, los Niños Héroes, forjadores de la Patria, se levantan para reproducir una lección más de Próspero, el catedrático de *Ariel*. Su tribuna tiene por escenario el vasto territorio nativo. Aquí y allá, en el ejido, en la escuela, en la fábrica, en el hogar insurge su recuerdo y señala caminos por seguir.

No somos un pueblo que se olvide del pasado para casarse con la muerte. Somos una nación que busca el pretérito para buscar la razón de su propia vida. Y esa razón la localiza en los Niños Héroes y en todos los mártires que han cruzado por la historia de nuestro México. Hoy pasan lista de presente.

CUENTOS, por Carlos Salazar Herrera

(En el *Rep. Amer.*)

No dan deseos de analizar, al viejo estilo, los cuentos de Salazar Herrera; de preguntarnos si realmente estos cuentos son cuentos o son poemas; si son simples viñetas o maderas en prosa lírica y apretada, donde se nota la hilazón de los troncos; o si, en forma contraria, son efectivamente cuentos labrados con la técnica de los sonetos que deslumbran, como los pavos reales, con el esplendor de coloridos remates; o si, finalmente, nos importa un pétalo de rosa pensar en géneros que jamás han mantenido su aguaje en cauces fijos; ni han respetado laderas y paredones cuando el ingenio d los astutos artistas los desborda. En cambio, sin pensar con ideas estiradas al modo de alambres eléctricos, de poste a poste, sin más gracia que la de una leve comba que la gravedad consigue por aburrimiento de las líneas rectas, nos hemos entregado a la contemplación de estas páginas —cuentos o viñetas o lienzos en prosa— para sentirlas y gustarlas, más que para juzgarlas con metro de tienda palestina. Y lo hemos hecho como bonguero que mira el horizonte, inflando su silencio, a ratos de música de quijongos; a veces, de honda tristeza tropical; y en no pocas ocasiones de melancolía primitiva y salvaje...

Sus cuadriláteros de luna nos han hecho sonreír y pensar en Juan Ramón Jiménez, el de *Platero y Yo*, lo mismo que sus surtidores de rosas; sus vientos prisioneros de la maraña, en los montes, nos han evocado, no sabemos por qué, los *Cuentos de Barro* de aquel otro Salazar, hermano mayor de Carlos, que piensa en imágenes y cuenta los minutos desgranando margaritas sobre el remanso; sus calderones cargados de fuerza, nos han hecho volar, como las golondrinas en los hilos telefónicos, sobre los pentagramas: con las alas temblorosas y sensitivas, sobre el silencio. Sus frases cortas —hechas con el filo ganoso de la cuchilla, en las maderas del idioma— nos han impuesto el recuerdo de Azorín, el asmático; pero también su densidad artística que asociamos a las picantes pastillas de menta que vendían en la pre-guerra, cuando se chorreaban los pomos enteros sobre el azúcar. A ratos, leyéndolo, pensamos que saboreamos al clásico detallista que describe con loca exactitud las cosas, para que en ellas se asiente, un estado de ánimo, arrodajado como un Buda. Y, no obstante, tropezamos continuamente, con la hilazón modernista, con su novedad, a veces un poquillo maniática y desmañada, por lo mismo, porque muestra al lector, más de lo conveniente, el juego de la maquinaria. Y las maquinarias de los relojes se tapan con oro, con plata o con lata: no van al aire, por miedo al polvo determinista. Los bastidores quedan siempre detrás. Y Dios mismo puso pellejo sobre el estómago, para cubrirlo de las miradas indiscretas. Pero muy buen sabor el de sus imágenes cuando las libera de la afectación, como aquella del lago que parece que echa a volar, cuando las garzas arrancan sus alas de la superficie. Da la impresión Salazar Herrera, en el desfile de sus palabras, de la rezadora que pasa, una a una, las perlas de su rosario. Buena seña: la del amador de cada una de las palabras que saca a la luz, temblorosamente, para que alce el vuelo ella sola, sobre los llanos de la fantasía ajena.

No pensamos, leyendo estos cuadros —más les cumple este nombre que el de cuentos, si recordamos a Bocaccio o a Maupasant, para hablar también de Europa; o en el ingenuo Magón—; no pensamos en los estiramientos de forma: más bien en las cristalizaciones idiomáticas; o en la labranza benedictina de los caracoles y las conchas, en su esfuerzo, estas últimas, de cuajar las finas elípticas de las perlas. Y aquí le sorprendemos, como quien no quiere la cosa, al querer interpretar el fenómeno de su arte, una condición crítica que le calza como un pétalo en la corola: nos referimos a su preciosismo. Condición que, como la clásica de que ya hablamos, lo aleja del tic ultramoderno. El preciosismo del 900 ya murió, pero vuelve a brotar, con menores exigencias, en los sopladores de pompas de jabón que son los cazadores de imágenes sutiles. Y nosotros que pensábamos que ya había desaparecido en Costa Rica, todo lo gracioso y lo sutil, para vertebrarse en cañones y en bayonetas, cuyo uso comprendemos y alentamos circunstancialmente, nada más. Y no señor: el preciosismo de buena ley renace en nuestra patria, en uno de sus jóvenes autores mejor logrados: en Carlos Salazar Herrera. Y volvemos a pensar en el arte por el arte; en la flor que es flor porque le da la gana ser flor y nada más; en la mariposa de cristal que salta, de verso en verso, sobre las catorce barras de un soneto: nada más que para volar con ritmo y con gracia.

Le hemos sorprendido a Herrera dos cosas viejas: un clasicismo que pinta cada paisaje con una exactitud geométrica; y un preciosismo que tira piedras en el remanso para mirar cómo se desenvuelve el ritmo en las ondas, sin preocuparse de otra cosa más útil. Y esas dos cosas viejas, envueltas en el celofán del sintetismo moderno; de la apretazón plana moderna; del descoyuntamiento moderno; de la fiebre socialista moderna, aunque no lo parezca a primera vista. Sólo que esta fiebre, es ternaria, del trópico. Y se desarrolla como una enfermedad útil que tiende a la justicia social, que demandamos todos los hombres de buena voluntad, porque el sino histórico la pide y la organiza a pesar de todos los obstáculos que oponen los desplazados en esta lucha contra el monopolio de la riqueza. Sucede que los personajes de Carlos Salazar Herrera son gente humilde que sufre la soledad y el silencio, en las inhóspitas laderas del hambre. Y aunque se mueven en ambiente tico, apenas lo echaría de ver cualquier habitante del trópico, en los dos hemisferios. Es decir que nuestro autor no cree en un folklorismo que tienda a inmortalizar el solar de su casa, con sus chunches herrumbrados y sus tarros viejos. Habla de las cosas de aquí porque se ve obligado a articular a los hombres con su propio medio. Pero no porque haga del medio, de nuestro pobre medio ya casi agotado en el arte por cuatro o cinco novelistas buenos del momento, y viejos, una finalidad. Carlos no hace de los medios finalidades. Cada cosa en su sitio. Los fines del arte son generales como el Universo. Y hablamos del arte real. Y ya tenemos, sin buscarlo intencionalmente, otro aspecto de la literatura de Salazar Herrera: es un escritor universalista. Y habla de los bongos de Puntarenas, como podría hablar de las góndolas de Venecia o de los trineos de la estepa rusa. Mas él insiste, sin embargo, que el medio es consustantivo con sus personajes. Y lo vemos arrodajarse a la manera de un mahatma en la India monista y panteísta. No halla modo de desprender las almas, del mundo que las envuelve.

Es un buen libro el de Salazar Herrera: apretado, preciso, rico y pintón como un mango de esos que a él le place describir en sus prosas. Madurará más y se esponjará como una guacamaya en colores vivos y rítmicos. Se desenvolverá más su estilo, trascendiendo, con mayor gracia, si cabe, a Azorín el asmático. Sus cuadros serán más amplios entonces y más naturales. Ya no serán sus libros pozos de agua cristalina que espejean en el cielo, a caza de luceros. Serán ríos desbordantes.

Moisés VINCENZI.

Costa Rica, 1947.

"ECCE PERICLES"

La Dictadura de Estrada Cabrera puesta ál desnudo

(Colaboración)

El escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, favorablemente conocido en el mundo de las letras hispano-americanas por su novela *El hombre que parecía un caballo*, acaba de publicar en un grueso volumen de 650 páginas, la sombría historia de la dictadura de Manuel Estrada Cabrera, uno de los períodos más vergonzosos de la vida política de este Continente. La obra lleva el título un tanto extraño de *Ecce Pericles*, caricaturizando con él al mediocre e inculto tirano que se creyó protector de las letras —¡recuérdense sus Fiestas de Minerva!— y al cual los poetas como Chocano, y aun Darío en célebre soneto, cantaron en versos adulones que hoy asquea leer. Este libro fué seleccionado por un Jurado compuesto por Hernández de León, Luis Beltranema, Flavio Herrera, Alejandro Arenales y el Padre Angel Arin, para ser enviado en 1942 al Segundo Concurso Internacional organizado por la "Editorial Farrar & Rinehart", de Nueva York. Pero, en esa época gobernaba en Guatemala Jorge Ubico todavía y a Ubico no convenía que la tiranía de Estrada Cabrera fuera puesta al desnudo, pues las semejanzas entre "su" dictadura y la de Cabrera eran más que ostensibles. Trató, pues, por todos los medios, de que el manuscrito no saliera del país; la forma en que el poderoso dictador fué burlado, es un capítulo de novela humorística y ha sido narrado en una serie de artículos publicados por Arévalo Martínez en *El Imparcial* de Guatemala.

Pero, volviendo a nuestro tema: hemos leído la obra con enorme interés, "da cappo al fine", pues el escritor conoce su "métier" y el asunto es apasionante. Lo que más nos ha llamado la atención y es sobre esto, justamente, que queremos atraer la atención de nuestros lectores, es la extraordinaria semejanza que hay entre las diferentes dictaduras centroamericanas, primero; y segundo, la identidad casi perfecta que hay entre los regímenes "nazi-fascistas" europeos y nuestras tiranías nativas. En realidad, Hitler, Mussolini, Antonescu, Laval y compañía, no crearon nada nuevo, o casi nada. Todo estaba ya descubierto y probado por nuestros hombrecitos "providenciales" de América. Estas son las dos principales lecciones que el libro nos ha dejado a nosotros.

"Nihil novum sub sole"... Estrada Cabrera, como Ubico o Hernández Martínez, etc., son "maestros" de los "fascistas" del Viejo Mundo, en todo lo referente a la creación y mantención del "estado policial", al "partido único", al "mito cesáreo" del jefe, a las torturas carcelarias, a los rehenes familiares, a la corrupción y avasallamiento de los tribunales de justicia, de las instituciones científicas, de los Parlamentos, al amordazamiento o esclavitud de la prensa, etc., etc. Las diferencias derivan sólo del distinto grado de progreso industrial o técnico existente, digamos, entre Berlín y Guatemala, de modo que los procedimientos o el plan de acción, también la "mise en scène" suelen ser diversas, pero la "idea" es la misma, tanto en la mente ladina e inculta de un Estrada Cabrera como en la psíquis paranoica de un Hitler.

Otra triste lección que deja esta obra notable, es la de que las revoluciones suelen ser, con mucha frecuencia, escamoteadas a última hora, por políticos aviesos y sin escrúpulos. La sangrienta revuelta que derrocó al tirano Cabrera fué hecha con sufrimientos y muerte por el "Partido Unionista" y, principalmente, por gente modesta, obreros y artesanos que se jugaron enteros en la aventura. Sin embargo, el resultado fué, para estas gentes, nulo. El gobierno pasó de las manos del dictador a otras entre las cuales andaban muchos de los más conocidos y manchados Ministros o Diputados de los "equipos" del tirano caído. La "volte face", o sea lo que hoy llamamos la "virada a tiempo", ha perpetuado o consolidado muchos regímenes despóticos en nuestro Continente.

Las almas más puras, los más nobles espíritus de la revolución "anti-cabrerista" aparecen al final del libro de Arévalo Martínez, deshechos por el desencanto, emigrando al exterior o retirándose a la vida privada al ver que el fruto de libertad y justicia que ellos creyeron recoger, había ido a parar a otros huertos.

¡*Ecce Pericles!* es el libro que hoy toda Guatemala está leyendo.

Juan MARIN.

PEREGRINA VISIÓN...

(En el *Rep. Amer.*)

I

En el lago azul, insondable,
del firmamento
—donde vuela y revuela la Esperanza
virginal—
he visto yo mi Velero
navegar...

II

En los cálidos mares abiertos
del sol
—donde ríe y canta la Vida
mundanal—
he visto yo mi Velero
navegar...

III

En el claro arroyo parlero
del amor
—donde la esposa me arrulla
firme y leal—
he visto yo mi Velero
navegar...

IV

En la dulce corriente morosa
del Recuerdo
—que se pierde en la Sombra
crepuscular—
he visto yo mi Velero
navegar...

V

En el espejo negro, fatal,
del Ojito de Agua
—donde me hace la Idea un guiño
singular—
he visto yo mi Velero
navegar...

VI

En el almo silencio divino
de la Noche
—donde el alma se anega
sin llorar—
he visto yo mi Velero
navegar...

VII

Y llegará un día de plenitud perfecta.
Y con él vendrá la Muerte,
sigilosa, inexorable...
Y yo me iré a Dios,
y en la onda henchida, creadora,
de Su luz inmaterial
yo veré mi Velero
navegar...

Carlos GARCIA PRADA.

Seattle, Washington, 1948.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

"¡Un recuerdo para ellos de gloria!"

Por *S. Pruneda*

"Un laurel para ti de victoria,
un sepulcro para ellos de honor".

LOS NIÑOS DE CHAPULTEPEC

(De *El Tiempo*. Bogotá, 2 octubre 1947)

A la celebración habitual de las fiestas patrias, México ha agregado en este año la conmemoración del sacrificio de los cadetes del Colegio Militar, por haberse cumplido el 13 del presente setiembre el centenario de su caída, en la defensa del Castillo y de las posiciones de Chapultepec. Es uno de los episodios de mayor belleza trágica en la historia y de mayor ejemplo, porque los niños que cayeron al pie de la bandera, sin querer rendirse a los invasores asombrados, fueron modelo entonces para los cobardes, para el discutido, ambicioso y tremendo general Santa Anna, para los que se quedaron esperando la orden de combatir y haciendo cálculos de probabilidades, como si hubiera algo que esperar o calcular cuando el propio hogar se está desmoronando o se está consumiendo por las llamas, y fueron modelo que conservará el carácter de tal para las actuales generaciones y para las venideras.

Fué en 1847, en la guerra con los Estados Unidos, en marcha hacia la desmembración, el cercenamiento del territorio sagrado, del territorio nacional, amado por los jóvenes en esa forma impetuosa y absorbente que no conocían los hombres roídos por la ambición, dispuestos a transigir, a ceder, a cambio de poder continuar dominando al pueblo laborioso, resignado y confiado, cuyo patrimonio se jugaba como jugaron los centuriones a los dados la túnica de Cristo. Para exaltar a México y para tonificarlo a través de los tiempos, la inmolación de los llamados niños héroes de Chapultepec conservará su virtud restauradora, capaz a un mismo tiempo de hacer caer de rodillas ante la bandera, en un acto de adoración y de ofrenda, y de envolverse en ella, para evitar su captura, y lanzarse al abismo, como lo hizo Juan Escutia, muchacho de veinte años, de padres desconocidos, en el momento en que vió avanzar hacia el Castillo ya sin defensa a las tropas americanas.

Fueron seis los muertos, sin contar los numerosos heridos, los de la elocuente lección del Colegio Militar ante adversarios que se sintieron conmovidos y electrizados por su entereza: Escutia, el glorioso suicida; el teniente Juan de la Barrera, también de veinte años, que cayó defendiendo su puesto a la entrada del Bosque; Agustín Melgar, de 18 años, que cayó, con dos perforaciones de bala en las piernas, al ser atravesado por una bayoneta, después de haber dado cuenta de varios enemigos con su fusil certero; Fernando Montes de Oca, que saltó por una ventana para unirse a sus compañeros, y fué prácticamente fusilado en el aire; Vicente Suárez, uno de los más jóvenes y de los más pequeños, que le clavó la bayoneta en el vientre al primero de los asaltantes y sostuvo un reñido combate con los otros, hasta caer deshecho, y Francisco Márquez, por último, de trece años, cuyo cuerpo quedó convertido en un cernidor por las balas. A todos les había hablado el jefe de rendirse. Y todos habían contestado que preferían la muerte.

En urnas de cristal y oro, sus restos, ante los cuales montamos guardia los representantes de las naciones el 13 de setiembre, habrán de ser religiosamente conservados en el Colegio Militar, donde en impresionante ceremonia, se les llama individualmente, para escuchar en cada caso la respuesta en coro de los cadetes actuales: "¡Murió por la patria!" Ante ellos desfilaron, en la soberana plaza de La Constitución, los alumnos del Colegio Militar y, venidos de los cuatro puntos cardinales, los cadetes de América. Uno de los muchachos que en México se preparan para descollar en la milicia, hizo su elogio, y el ministro Alfonso Caso, hermano del inolvidable maestro Antonio Caso, dijo elocuentemente la significación del homenaje, en nombre del presidente de la república.

¡Sagrados son y hermosos los ritos de la república! Notas marciales de los himnos, despliegue de banderas, desfiles armoniosos, ofrendas de los bosques y de los jardines en flores y laureles! Dominándolo todo, enterneciéndolo, la honda impresión de patria, de orgullo cívico, de santa envidia por los que tuvieron el privilegio de quedar vinculados por el valor, por el sacrificio, a su historia, es decir, a su alma y a su continuidad, al aire y al agua y a la tierra. No hay en todo ello un sentimiento de hostilidad, un bélico propósito, la expresión de un resentimiento. Es apenas la expresión de la más honda gratitud por lo que hicieron quienes sirvieron de holocausto. Y es la reafirmación de estar dispuestos quienes rinden el tributo, a hacer lo mismo cuando la patria lo exija.

Para inflamar el patriotismo y para elevar el alma no han de ser siempre indispensables las victorias. En la antigua Serbia había una ceremonia llamada el Vidovdan, que era la conmemoración de una derrota. El significado profundo de su celebración estaba en el propósito que originaba, no propiamente de venganza sino de superación, de voluntad de combatir en los propios espíritus y en los propios actos cuanto había conducido al dolor que así se recordaba. Los niños héroes de Chapultepec, en una forma análoga, no son propiamente el recuerdo de una derrota, sino la revelación de que en los momentos culminantes habla el genio de la raza. Cuando se tiene la seguridad de que habla, los caminos hacia el porvenir se muestran luminosos, y en el aire se siente más oxígeno. Es lo que explica en esta hora ese algo indefinible y misterioso que, ante la evocación de sus niños héroes, está sintiendo México.

L. E. Nieto Caballero.